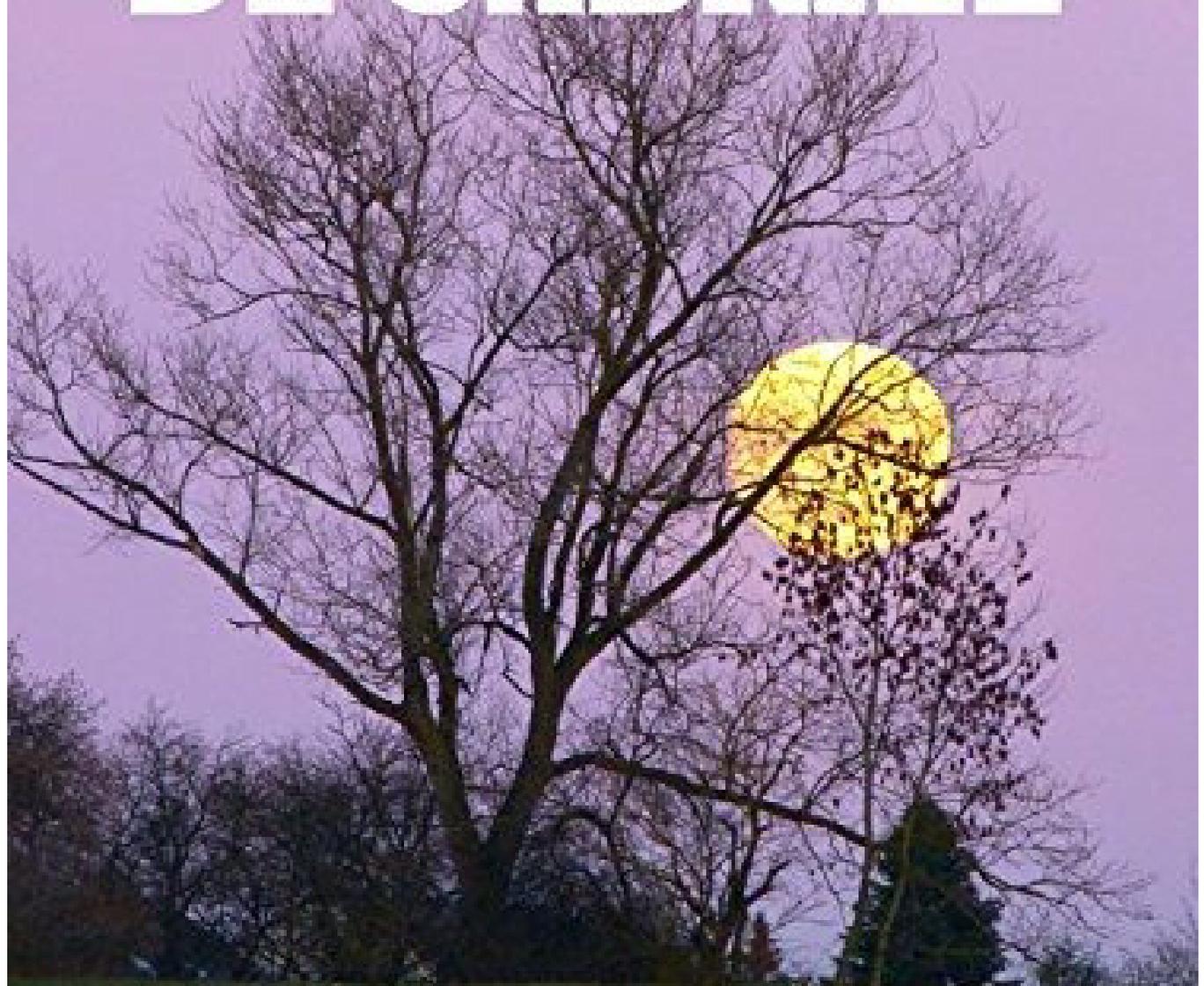


# **EL CÍRCULO DE GABRIEL**



**Aurora Pinto**

**D.J.57**

# **El Círculo de Gabriel**

**Aurora Pinto**

*La viga de madera cruje sobre la cabeza del hombre. Con cada débil movimiento, su cuerpo suspendido se balancea suavemente, como un péndulo; las muñecas atadas a la viga apenas logran sostenerlo. Es como si sus brazos se hubieran estirado a medida que pasan las horas. Un hilo rojo sale de la capucha que cubre su rostro, atraviesa el torso, se detiene en la ingle derecha y finalmente llega al suelo.*

*El silencio se apodera de la noche y el hombre se sabe parte de un universo diferente. Es su mundo particular donde cada centímetro de piel importa y los pensamientos son ilusiones inútiles. Pasa el tiempo y el silencio llena el espacio, lo condensa, lo satura.*

*Escucha un rítmico compás: uno-dos, uno-dos, primero muy suave, casi imperceptible, hasta que los latidos aumentan y se hacen insoportables. Siente la transpiración salir de cada poro de su cuerpo. Nuevamente cruje la viga sobre su cabeza; se agita, rodeado por la oscuridad y trata de mover los brazos, pero se paraliza cuando reconoce la voz grave que susurra a sus espaldas:*

*–Tu arrepentimiento ha llegado tarde. –La voz se mueve hacia su izquierda –: Tus pecados son muchos y se acumulan como una carga pesada y sucia. –Un latigazo de adrenalina castiga la columna del hombre, mientras la voz parece saborear cada palabra–: Estás inmundado de pecados: soberbia, lujuria, vanidad y traición. –La voz ahora grita–: Quisiste ser como los elegidos y los ángeles. Peor aún: ¡Ser como yo!*

*El hombre se estremece y siente que los latidos son cada vez más fuertes.*

*–¡Vano pecado!– grita la voz.*

*Otras voces se aproximan, repitiendo:*

*–¡Vano pecado!*

*El hombre abre la boca invocando un grito imposible. Siente su corazón a punto de estallar.*

*De nuevo la voz grave susurra:*

*–La condición humana es servirme a mí y a mis ángeles, es humillarse ante mi perfección y alabarla. Tú eres apenas un soplo, polvo cósmico de mi grandeza. ¿No te das cuenta de que desafiarme es tan inútil como pretender sacar el agua del mar con las manos?...– Ahora grita–: ¡Herejía!*

*–¡Herejía! –responden las voces que rodean al hombre, iluminado ahora por decenas de antorchas. Heridas abiertas cubren su espalda. Su oreja*

*izquierda está rota y no para de sangrar.*

*– ¡Solo puedes purificarte mediante el sacrificio! –ruge la voz y hace una pausa:–, ¡sacrificio para lavar tus faltas, conseguir el perdón y la redención!*

*– ¡Sacrificio! –repiten cientos de gargantas.*

*El hombre se agita y llora. Escucha cada vez más fuerte y más cerca el compás de los latidos: uno-dos, uno-dos, y siente aproximarse el calor de las antorchas. Varias manos lo desatan y llevan hacia fuera de la edificación; al compás de los cantos, lo colocan sobre una superficie dura, amarran sus manos y sus pies. Justo antes de que el fuego purificador abra su piel, le retiran la capucha y abre los ojos.*

*Lo último que ve es una centella de luz.*

## Capítulo I

### Un reportaje más

La primera vez que Julián Méndez escuchó hablar del ingeniero Ramón Aponte fue aquella mañana en que Da Silva arrojó con su acostumbrada petulancia una fotografía sobre su escritorio. Mostraba a un hombre joven, de unos 35 años, blanco, de cabellos y ojos oscuros, que esbozaba la típica sonrisa corporativa de un carnet empresarial. La foto había sido ampliada, probablemente para hacer evidentes sus rasgos y lograr que fuera identificable. A Julián le pareció que el hombre no tenía ningún atributo que lo hiciera peculiar o diferente del montón. Era un “cara común”.

Le molestó la actitud de Da Silva: su brusca entrada en el cubículo, con aires de capataz que el título de jefe de redacción y la ropa de marca que ostentaba no lograban ocultar. Ya era suficiente con que lo hubiera cambiado de su antigua oficina de periodista veterano a ese rincón en nombre de un supuesto “rediseño de las áreas laborales”. Ahora también invadía su espacio y se atrevía incluso a sentarse confianzudamente sobre su escritorio.

A veces Julián se negaba a creer que su nuevo jefe, que apenas rozaba los treinta y a quien podía fácilmente imaginar al frente de una bodega como sus abuelos inmigrantes, le hubiera pasado por encima con tanta facilidad. Era a él, un periodista veterano y respetado, a quien correspondía la jefatura de redacción. Inmerso en estas reflexiones, el reportero se perdió varias frases de la charla del jefe, pero Da Silva captó nuevamente su atención al mencionar la palabra parque. Se refería, sin duda, al más grande de la ciudad, el parque que contemplaba todas las mañanas desde su propio apartamento.

–El hombre frecuentaba una especie de secta que se reúne todos los sábados en la mañana en el parque –puntualizó el jefe de redacción, mientras sostenía con las manos la pierna derecha cruzada sobre la izquierda.

–¿Qué hombre?

–¡Coño, ya te lo dije: el ingeniero Aponte! – replicó, agitando la foto frente al rostro de Méndez.

Antes de que pudiera interrogarlo, Da Silva saltó de la mesa al escuchar el

rítmico sonido de una canción de moda en su celular. Respondió en inglés, idioma que nunca había sido de la preferencia de Julián, así que por unos instantes no le prestó atención y se dejó llevar por sus propias divagaciones. Sus pensamientos volaron hacia la tarde anterior y aterrizaron en la fogosa despedida que se había prodigado con Clarita; se vio otra vez atrapado entre sus piernas blanquísimas y delgadas, escuchó sus gemidos en la almohada, besó nuevamente sus senos portentosos y sintió sus uñas clavadas en la espalda.

“Heridas de guerra”, bromeaban los amigos cuando mostraba orgulloso en el sauna las huellas de sus retozos con Clarita. Lástima que había terminado. Pero quizás fue lo mejor, Julián Méndez nunca había sido bueno para los amores prolongados; al esposo de Clarita lo asignaron a la sucursal de una cadena hotelera en Puerto Rico y ella, –esposa insatisfecha, pero madre al fin–, partía hoy con el marido, los hijos y el perro a San Juan, donde probablemente encontraría otras espaldas que rasgar y almohadas donde gemir. Julián le dedicó un último pensamiento mientras Da Silva terminaba la conversación en ese inglés *mayamero* y altanero del que tanto se ufanaba.

El nuevo jefe apagó el celular frunciendo el ceño, se aflojó un poco la corbata de seda y pareció distraído por unos instantes. Pero muy pronto, sin dar tiempo para que Julián tomara la iniciativa, retomó el liderazgo de la conversación.

–Es un caso sencillo, chico, un típico caso de lavado de cerebro por parte de una de esas sectas religiosas que están de moda y parece que se reproducen como monte, sobre todo en lugares públicos, como el parque ese que está cerca de tu casa.

A Méndez le asombró el hecho de que Da Silva, con menos de dos meses en el cargo de jefe de redacción y siendo nuevo en el periódico, ya supiera donde vivía él, con quien nunca había intimado. De hecho, los dos parecían evitarse, porque era evidente que no simpatizaban. Por un momento sospechó que podrían ser ciertos los rumores que habían precedido la llegada del nuevo jefe, achacándole una supuesta vinculación con unas mafias policiales. Se cuchicheaba en los pasillos que por sugerencia de Da Silva los dueños habían ordenado espiar a todos los empleados, con énfasis en los reporteros, y que la empresa de vigilancia contratada a los dos días de haberse estrenado en el cargo el jefe de redacción, justificaba su cobro en dólares grabando las conversaciones telefónicas de toda la torre. Pensó que verificaría con Lugo y Valladares la exactitud de ese dato. Sin embargo, no se dejó distraer por esas suposiciones y

reunió sus argumentos contra esa asignación que hería su orgullo reporteril.

–Eso es un fiambre –replicó–, además, estoy metido en el caso de la venta de los terrenos, ¿recuerdas? Tú mismo me felicitaste por el primer reportaje. Ultimadamente, – agregó–: ¿Por qué tengo que encargarme yo de encontrar loquitos que andan buscando a su Mesías particular en un parque? ¿Por qué no le das esa pauta a uno de los nuevos? Gutiérrez estaría encantado con esa asignación –ironizó, al mencionar al más novato de los pasantes.

Da Silva no se inmutó. Le explicó brevemente que la familia temía que el ingeniero Ramón Aponte podía estar en serio peligro. Habían perdido todo contacto con él.

–*On the other hand* –añadió, alzando el mentón con aire pensativo– el hombre retiró todo su dinero del banco y antes de desaparecer le comentó a su esposa que lo iba a donar a una iglesia. Tampoco se trata de un secuestro, ya que el ingeniero ingresó por su propia voluntad al Círculo de Gabriel.

–¿El Círculo de...?

–Es el nombre de la secta, parece que tiene algo que ver con el arcángel Gabriel –aclaró Da Silva, y continuó su disertación mientras se paseaba por el estrecho cubículo–. Ya esa gente viene acumulando quejas desde hace rato. Hay maridos, esposas, padres, hermanos, que han perdido todo contacto con sus familiares desde que fueron a unos retiros organizados por la secta.

El jefe de redacción se detuvo y reflexionó unos instantes mientras su mirada se perdía por la pequeña ventana:

–Parece un hueco negro, el que entra no sale más nunca. Además... hay rumores de torturas, ritos satánicos, qué se yo...

Se volvió hacia Julián y sonrió a medias, como hacía cuando lograba imponerse sobre él en alguna materia en la que estaban en desacuerdo:

–Para un reportero de tu experiencia eso es pan comido. –Y apuntándolo con el índice derecho, agregó elevando la voz–: Así que tú vas, te acercas a esos locos y averiguas a donde ha ido a parar toda esa gente. ¿Vale?

Ya iba a salir sin esperar la respuesta cuando Julián disparó su último argumento:

–Esas vainas místicas terminan siempre en reportajes amarillistas que no son mi estilo.

–Pero venden periódicos –puntualizó Da Silva, ahora con una amplia sonrisa y, dando un toquecito con la palma abierta al escritorio, salió del cubículo silbando la pegajosa canción de su celular.

Julián se mordió los labios y apretó los puños rompiendo el lápiz que tenía en su mano izquierda y maldijo el día en que Da Silva llegó al periódico con sus aires de *Generación Y* –o como le llamaran ahora a los treintañeros arrogantes y tecnológicos– para tomar el cargo que sabía le pertenecía por derecho y antigüedad. De repente se sintió desfasado. El mundo estaba cambiando ante sus ojos y los veintidós años que tenía en el diario, del cual había sido uno de los reporteros fundadores, no valían de nada. En los últimos tiempos, la búsqueda de la noticia, las informaciones precisas, los datos sorprendentes y bien respaldados, que eran capaces, si no de tumbar, al menos de hacer tambalear al poder, se rendían ante la irrupción de carajitos guapos y apoyados que ni siquiera sabían escribir y escalaban los puestos más altos armados con sus trajes de marca, celulares de última generación, expresiones en inglés mayamero y conexiones corporativas, como este Da Silva. Hacía una semana que había cumplido 45 años y, por primera vez en su vida, Julián pensó: “Me estoy haciendo viejo”.

–Coño, ¿qué quedará para mí si tú te sientes viejo? –replicó Valladares, el periodista más veterano de la ciudad, exjefe de redacción y ahora columnista del diario, unas horas más tarde, cuando Julián le confesó sus pensamientos entre las acostumbradas cervezas vespertinas.

Desde que Julián Méndez era un prometedor estudiante de comunicación social y hacía sus primeras pasantías en el periódico acostumbraba finalizar sus guardias en El Mesón de Paco, la ruidosa tasca que recibía por igual a novatos y reporteros curtidos en el oficio, jefes de redacción y obreros de la rotativa, ilustradores y contables, secretarias y directivos, políticos que mendigaban una entrevista y actrices de moda. La variada concurrencia no se sentía atraída por los raídos manteles, el olor rancio del aceite quemado múltiples veces ni la barra de madera cuarteada que una vez fue de caoba pulida; tampoco llamaban la atención de los clientes la pizarra mugrosa donde se anotaba el menú del día ni la música gallega que de vez en cuando colocaba Paco de fondo, pero era la tasca más cercana al diario, quizás su prolongación natural, especialmente ahora que hacía poco tiempo la vieja torre había ampliado sus espacios al adquirir los dueños el edificio vecino; además, ofrecía unas quince mesas y cuatro mesoneros que se multiplicaban para cumplir el menor deseo de la clientela, sobre todo de los parroquianos más fieles al rito cervecero: los reporteros.

Valladares no esperó la respuesta de Julián y le arrimó una silla a Lugo, el tercero del clan que habían formado en los últimos años. El recién llegado pidió

una cerveza, se quitó el saco, colocándolo con cuidado sobre el respaldar de su asiento y desanudó su corbata antes de sentarse y ofrecerles cigarrillos. Lugo era contemporáneo de Julián y el único de los reporteros que vestía con los atuendos de un oficinista. “Muñeco e’ torta”, lo llamaba Valladares con sorna, desde su infaltable camisa arremangada y su chaleco de lana gris que combinaba con el color de sus escasos cabellos. Julián tampoco era muy afecto a la formalidad, como la mayoría de sus colegas, y prefería los atuendos casuales, pantalones de múltiples bolsillos y camisas amplias, muy convenientes para disimular la prominente barriga.

Lugo llegó con la novedad del inminente matrimonio de Da Silva. Era un rumor que sus compañeros ya habían escuchado minutos antes en el ascensor y que se dejaba colar aquella tarde entre las concurridas mesas de la popular tasca.

–¡Confirmado! –exclamó Lugo, expulsando el humo– pero lo importante es con quién se casa el hombre. –Ante la cara de desinterés de sus colegas, explicó –: ¡Con la hija menor de Febres! Yo les dije que ese carajo estaba apoyado desde arriba.

Febres era uno de los accionistas mayoritarios del periódico, un industrial poderoso con larga experiencia en el ramo textil. En los últimos tiempos, había diversificado sus inversiones hacia los medios de comunicación, con énfasis en la radio y la prensa.

–Eso explica muchas cosas –opinó Valladares.

Pidieron otra ronda de cervezas y Julián aprovechó para quejarse de la última pauta que le había asignado Da Silva.

–¡Esa es una vaina indigna de un profesional como tú! –rugió el más veterano de sus colegas.

–Con tal que no le dé a Da Silva por orientar el periódico hacia los reportajes amarillistas –aventuró Lugo con prudencia ante la reacción de su amigo, mientras estiraba sus largas piernas y se recostaba contra el espaldar de la silla.

–No se trata de eso, sino del respeto que nos merecemos los periodistas. Ahora aquí dan cabida en los puestos de dirección a cualquier improvisado. Antes, uno para ser jefe de redacción tenía que sudar y ganarse ese puesto como lo hice yo.

El viejo colega comenzó uno de sus acostumbrados y largos monólogos sobre los sacrificios de la profesión, los buenos viejos tiempos cuando participó en la fundación de varios periódicos y los dañinos derroteros que estaba tomando el periodismo al servir más a los intereses y políticas de los nuevos socios como

Febres.

A pesar de la perorata, Julián pensó que Valladares ya no era tan vehemente como años atrás cuando llegó a encabezar protestas por mejoras salariales de los reporteros, logrando la victoria, al tiempo que mantenía el respeto de los dueños del periódico. Ya estaba retirado y su columna de opinión semanal era lo único que lo mantenía unido al diario, aunque eso no le impedía acercarse al Mesón de Paco de tarde en tarde. Igual o peor pasaba con Lugo. En los últimos meses, quizás desde hacía casi un año, le notaba un conformismo y una tendencia a colocarse del lado patronal que contradecía sus dotes de argumentador de otros tiempos; ahora parecía rehuir adrede el conflicto. Por un momento, se sintió abstraído de la conversación y volvió a pensar: “El mundo está cambiando o peor aún: mi mundo está cambiando y es para mal”.

Lugo se atrevió a cortar el monólogo de Valladares y las reflexiones de Julián, al preguntar por el caso de los terrenos.

–Es una vaina típica de corrupción, hubo un sobreprecio en la venta de los terrenos de la zona industrial y por si fuera poco, un movimiento de invasores los reclama. Ya los tipos invadieron y el gobierno no sabe a quién darle la razón, si se la da a los invasores se echa de enemigos a los empresarios y si se pone de parte de estos, el pueblo se les alza –respondió Méndez.

Sus amigos se trenzaron en una discusión que los alejó rápidamente del reportaje. Valladares enumeraba con vehemencia las razones de los pobres para asentarse en los terrenos, ya que éstos provenían de un acto de corrupción, lo cual, argumentaba, deslegitimaba a los nuevos dueños. Lugo, por su parte, se atrevía a defender las razones de los propietarios. Según él, ellos no sabían de los manejos de la constructora y habían pagado de buena fe, incluso con sobreprecio y era injusto que perdieran su inversión.

La conversación llegó a un punto muerto; ninguno de los dos daba su brazo a torcer. Las risas y la animación de las mesas circundantes acentuaban el incómodo silencio entre los amigos. En tono conciliador, Julián volvió al tema del reportaje sobre la supuesta secta.

–Ahora y que están de moda otra vez esos grupos –dijo.

Lugo, también deseoso de terminar con la diatriba que amenazaba con arruinarles la tarde, apuntó:

–Es verdad que hay mucha gente metida en cosas raras. Hay unos locos vestidos de blanco que uno se consigue por toda la ciudad.

–¿Santeros? –interrogó Valladares.

–La santería no es secta –se permitió corregir Julián.

–¡Para mí todas esas vainas son lo mismo! –bramó Valladares.

–Para mí también, pero esto es diferente –intervino Lugo–. Son más raros todavía, se saludan con unos gestos extraños y veneran a un tipo que se cree la reencarnación de un ángel. La mujer de servicio de mi hermana anda en eso.

–¿Y cómo sería que ese carajo fue a parar a esa secta? –se preguntó Valladares, más a sí mismo que a sus compañeros de mesa.

–Eso es lo raro, que alguien de más cultura, un profesional como Aponte, se dejara llevar por esas pendejadas –comentó Julián.

–Aunque pensándolo bien, a mí ya nada me extraña –suspiró Valladares, al tiempo que aplastaba la colilla del cigarrillo en el cenicero–, tanta falta de valores, tanto materialismo –dijo volteando significativamente hacia Lugo– lleva a la gente hacia cosas raras.

El aludido, quizás temiendo que el viejo colega volviera a reavivar la polémica, dirigiéndose a Méndez, preguntó:

–¿Y qué tienes hasta ahora sobre la desaparición del ingeniero?

–A mediodía estuve en la comandancia y Aguilar me pasó el expediente del caso. No hay mayores datos. Se describe al tipo como un hombre normal, con un trabajo estable en una corporación textil, un matrimonio consolidado y un par de hijos adolescentes. Su esposa declaró que era un hombre tranquilo, de pocos amigos y ningún vicio conocido.

–Eso no es mucho, –replicó Valladares–, pero confío en que tu experiencia se imponga y al menos logres escribir unos cuantos reportajes interesantes para que Da Silva te deje tranquilo y te puedas concentrar en el caso de los terrenos.

–Brindo por eso –añadió Lugo– y los tres amigos alzaron sus vasos.

–Mañana tengo una entrevista con la mujer de Aponte. Vamos a ver si logro sacarle algo más de lo que le dijo a la policía.

Con la excusa de la entrevista a la señora Aponte, Julián no apareció por el periódico en todo el día. Últimamente aprovechaba cualquier pretexto para estar el menor tiempo posible en la oficina y evitar a Da Silva. Comenzaba a sentirse hastiado del ambiente del diario. Estaba pensando seriamente en encadenar sus múltiples vacaciones vencidas, aunque no dispusiera de mucho dinero ni de planes concretos para disfrutarlas, solo para alejarse por un tiempo del nuevo jefe de redacción.

En realidad, la entrevista no le había tomado tanto tiempo. Noelia Aponte lo recibió alrededor de las diez de la mañana en su apartamento, localizado en un

edificio de una urbanización de clase media alta. Era una rubia de rostro cansado y ademanes educados, de aproximadamente la misma edad de su esposo. Le hizo pasar al recibo y le advirtió que disponía de poco tiempo porque tenía que salir a una diligencia. Antes de que comenzara la conversación, Noelia recibió una llamada en su celular y se excusó con Julián para atenderla en otra habitación.

Mientras la esperaba, el reportero se atrevió a encender un cigarrillo y dio una vuelta por el recinto observando el decorado. La mayoría de los muebles eran modernos con una que otra antigüedad, colocada estratégicamente, para resaltar los gustos de los señores de la casa. En un rincón destacaba una elegante mesa, al parecer restaurada, desde la cual Ramón Aponte le sonreía discretamente en diferentes fotos familiares. A la izquierda, posaba enfundado en su traje de gala al lado de una rubísima Noelia, vestida de novia; en la próxima aparecía sentado en una oficina con un par de compañeros de trabajo; le seguía otra donde abrazaba delicadamente a su esposa, ahora embarazada y feliz; la nueva instantánea lo captaba vestido con *shorts* y franelilla, mostrando orgulloso una medalla deportiva; en la siguiente, la pareja jugaba con dos niños rubios que aparentaban llevarse solo un par de años. En todas las fotografías Aponte lucía correcto, diáfano y distante, con una media sonrisa difícil de clasificar como alegría y quizás más cercana a la rutina.

La dueña de la casa regresó en pocos minutos.

–Usted dirá –adelantó ella con prudencia.

Julián esbozó su mejor sonrisa para tratar de vencer la desconfianza que notaba en el rostro de la mujer y le resumió brevemente los datos que le había pasado el policía. Ella confirmó el recuento sin añadir ningún dato novedoso. Su cara sin maquillaje no mostraba ninguna emoción, las manos descansaban sobre su regazo y tenía las piernas cruzadas. Su pie derecho se balanceaba constantemente. El periodista fue al grano:

–¿Desde cuándo notó un comportamiento extraño en su esposo?, ¿Se vestía o actuaba de manera diferente?

La mujer se puso a la defensiva:

–Ramón nunca hizo nada raro ni se vistió de manera extraña. Solo cuando vino de un retiro al que fue con esa gente estuvo unos días muy eufórico y contento.

–¿Le contó algo de la secta?

–Me dijo que nosotros íbamos a ser parte de un mundo nuevo y quería que nos convirtiéramos a su iglesia.

Como si hubiera entrado una corriente de aire por la ventana del recibo y Noelia sintiera repentinamente frío, cruzó los brazos, mientras le explicaba a Julián que ella nunca se había sentido atraída por lo religioso, su marido finalmente había respetado su decisión y siguió yendo a su iglesia solo.

–Pero, ¿Cómo se fue de la casa?, ¿De un día para el otro? –insistió Julián.

–Nunca me dijo que se iba. Unos días antes de su desaparición me anunció que pensaba hacer una donación a la iglesia y una mañana salió normalmente a su trabajo y no regresó.

Noelia se calló por un momento y alisándose la falda nerviosamente, agregó:

–Los primeros días después de que se unió a esa gente Ramón hablaba mucho de la verdad y de la mentira. Siempre había sido un soñador que buscaba un mundo mejor para sus hijos y me dijo que con ese grupo al fin había encontrado la verdad.

–¿La verdad?, ¿Cuál verdad? –se asombró Julián.

–No lo sé –replicó ella, haciendo esfuerzos para no llorar– la única verdad es que quiero que mi esposo vuelva a casa. No me importa el dinero, pero lo quiero a él aquí, con nosotros. No se fue por su voluntad. Si la gente ve su foto en el periódico, quizás alguien me ayude a encontrarlo.

En ese momento se oyó el timbre y Noelia se levantó de un salto, pasándose la mano por el rostro para secarse un par de lágrimas. Julián siempre se sentía incómodo delante de una mujer llorosa, jamás acertaba qué hacer en esos casos, así que aprovechó la interrupción y no encontrando más pistas, se despidió. Le dio una tarjeta con su teléfono y le dijo que lo llamara si recordaba algún detalle importante. Ambos fueron hacia la puerta y cuando esta se abrió apareció uno de los niños de la foto, como de unos doce años, vestido con pantalón y camiseta deportiva. Su mano derecha estaba enyesada y entre sus pies bailaba una pelota de fútbol.

Noelia Aponte le indicó a Julián que era su hijo menor, quien había faltado al colegio porque debía ir al médico. El muchacho no terminaba de entrar al apartamento mientras Julián salía. El reportero no pudo evitar preguntarle si conocía el parque a donde iba su padre.

–Odio ese parque –contestó, apretando los labios y pateando con fuerza la pelota hacia el fondo del pasillo del edificio.

–¿Alguna vez acompañaste a tu papá a las reuniones de los sábados? –se atrevió a insistir Julián, esquivando la mirada aprensiva de Noelia Aponte.

El jovencito no contestó. Su madre lo apresuró a entrar al apartamento

recordándole que tenía que bañarse antes de ir al médico para que le revisaran el yeso y dirigiendo una última mirada hacia Julián, cerró la puerta sin despedirse. La pelota se había devuelto por el pasillo y rozó a Julián antes de caer rebotando por las escaleras.

El reportero pasó el resto del día haciendo diligencias por la ciudad. Pagó el condominio vencido y las facturas de la luz y el teléfono, buscó una cámara fotográfica que había dejado en reparación y trató inútilmente de comunicarse con uno de los empresarios afectados por el asunto de los terrenos, pero nadie quería hablar con la prensa sino los invasores de tierras y ya Julián estaba harto de ellos. La última vez que los había visitado se había debatido entre la rabia que le inspiraba la injusta situación de los invasores, –arrimados en precarias casas de latón– y la actitud de sus líderes, cuatro hombres de aspecto patibulario, armados con pistolas y fusiles que no estaban dispuestos a ceder en lo más mínimo en sus exigencias, escudados tras cientos de mujeres desdentadas y niños mugrientos. Méndez no podía dejar de preguntarse quién saldría beneficiado del enfrentamiento entre los invasores y los dueños legítimos de los terrenos. Pero, por el momento, nadie tenía nada nuevo que aportar para un reportaje que parecía estar tan estancado como el caso del ingeniero desaparecido.

Regresó a su casa temprano, cerca de las seis. Usualmente, llegaba después de las once de la noche. La idea de encontrarse en un apartamento solo y desordenado no le atraía mucho. Tras dos matrimonios de corta duración y un par de convivencias, estimuladas primero por la pasión y luego abandonadas a la costumbre, Julián Méndez sabía que no estaba hecho para la vida en pareja. Últimamente se relacionaba con mujeres casadas como la fogosa Clarita, capaces de ofrecerle momentos de goce intenso sin mayores compromisos. De todos modos, algo lo inquietaba al llegar a su casa y enfrentarse a las paredes vacías y a la decoración impersonal que más parecía la de una habitación de cualquier hotelucho del centro de la ciudad. “Bueno” –pensó– “no soy el único que no cuadra con la vida familiar” y recordó que más de la mitad de los reporteros que conocía estaban divorciados. A las once y treinta se preparó un sándwich y estaba comiéndolo mientras veía el noticiero de televisión cuando se fue la luz. Buscó a tientas vela y fósforos y se dirigió hacia el balcón. El apagón parecía haberse apoderado no sólo del edificio sino de toda la urbanización, quizás de la ciudad. Pronto comenzaron a aullar las sirenas de los bomberos y la policía. Algunos vecinos se lamentaban en el rellano de las escaleras; en todo el edificio se escuchaban murmullos apagados de voces y quejidos.

Luego de encender una vela y un cigarrillo, Julián se sirvió un whisky y se dedicó a contemplar la luna llena que flotaba entre nubes cenicientas. En las lejanas noches de su infancia, allá en su pueblo, también se asombraba ante la aparición de esa luna inmensa que parecía amenazar con alumbrarlo todo, incluso los más recónditos secretos. Evitó recordar a su madre y a la última vez que la visitó. Miró hacia abajo y la poderosa claridad lunar le reveló las siluetas de las copas de los árboles del parque. Se estremeció al pensar que allí, muy cerca de su casa, un hombre joven y normal había decidido dejar atrás a su familia y a su vida cotidiana en su afán por encontrar una enigmática verdad. Muy a su pesar, se acordó de sus terapias con el doctor Ruiz. Una vez le había preguntado: “¿Qué es la verdad?”, a lo que el siquiatra, después de pensarlo un rato, respondió: “Hay muchas verdades”. Como entonces, esa respuesta no le satisfizo. Julián pensó que todo sería más simple si existiera una sola verdad y de ser así: ¿Quién la tendría? ¿Los dueños de los terrenos invadidos?, ¿Los pobres necesitados de casas?, ¿El ingeniero Aponte, dejando atrás toda una vida por la verdad que estaba buscando?, ¿Su propio padre, al separarse de su madre y abandonar a la familia para siempre?

Con espasmódicos intentos, el servicio eléctrico se fue restableciendo paulatinamente, recibido con suspiros de alivio de los vecinos, pero él prefirió mantener las luces apagadas y sosteniendo el vaso con la mano izquierda, se quedó todavía un buen rato a oscuras fumando y observando la densa oscuridad que reinaba en el parque.

## Capítulo II

### Carisma

Cuando abrió los ojos a la mañana siguiente y pudo distinguir las inconfundibles manchas de humedad en el techo de su habitación, Julián sintió un palpar familiar en sus sienes, como siempre que se pasaba de tragos. Su propio aliento pastoso le obligó a incorporarse de la cama. Sentado, tratando de alcanzar las pantuflas con los pies, se le atravesó su abultada panza. Recordó brevemente la esbelta silueta que revelaban las fotografías de Ramón Aponte en sus trajes deportivos y se preguntó cuándo habría sido la última vez que él mismo se había ejercitado. No, definitivamente, a diferencia de Aponte, él no era un deportista.

A medida que iba despabilándose, pasaron a ráfagas por su cabeza las imágenes de una pesadilla que arrastraba desde su infancia y que había regresado para turbar su sueño la noche anterior: un hombre sin rostro que llevaba una enorme sogas en su mano izquierda lo perseguía por un bosque lleno de árboles con ramas húmedas. Julián huía corriendo por una selva fangosa donde cada paso significaba hundirse más y más en un pantano de lodo verde; pero nunca llegaba a enterrarse completamente; hundido hasta el cuello estiraba los brazos aferrándose a una rama y cuando ésta se rompía, despertaba bruscamente en la seguridad de su habitación. Luego de un rato en el que permaneció sentado al borde de la cama, escuchando las bocinas y sonidos de los autos que pasaban por la calle, logró serenarse y alejó la inquietante pesadilla al pensar que ni en sueños era capaz de correr a una velocidad aceptable. Sacudió esas reflexiones con un duchazo y se preparó un café antes de dirigirse al diario.

Esa mañana el metro no estaba funcionando debido a una falla —o a un suicidio—, nunca lo supo. Los estudiantes protestaban por el alza del pasaje estudiantil; los transportistas amenazaban con un paro si no les dejaban aumentar sus tarifas y los vecinos de una urbanización cercana encabezaban una marcha política. La ciudad era un caos apocalíptico de bocinas, adolescentes iracundos y conductores impacientes.

Le costó casi media hora detener un taxi, donde escuchó por la radio noticias

sobre otra protesta en la zona industrial. Esta vez eran los invasores de los terrenos que trataban de presionar al tribunal para que decidiera a su favor. En la redacción del periódico se daba como un hecho que el gobierno estaba dando largas a la decisión, para no comprometer las próximas elecciones regionales, aunque era sabido que se inclinaba a favor de los invasores.

–Ese caso si está candente –le comentó el taxista, un moreno de unos cuarenta años y con el cabello rapado, como el de un recluta- que sin haber sido consultado, le expuso con detalles su opinión sobre la mejor solución al problema.

Méndez se resignó a escuchar la retórica sobre pobres y ricos que parecía dominar últimamente al país. Ya estaba dejando que sus pensamientos lo llevaran a otra parte –como hacía al aburrirle una charla o sentir que no encajaba en un grupo– cuando el conductor le ofreció un dato insólito:

–Amigo, esta noche anuncian el veredicto: el tribunal va a fallar a favor de los industriales. Se lo escuché a unos diputados que llevé esta mañana al Congreso. Y aquí se va a armar tremendo rollo.

Julián se preguntó qué tan bien informado podía estar ese taxista charlatán y apenas descendió del auto, marcó en su celular el número de una de sus informantes, una archivista del tribunal, a quien invitó a tomarse un café con él a media tarde en una panadería situada a varias cuadras del periódico, lejos de oídos indiscretos.

Al entrar en la redacción lo recibió un fuerte olor a pintura. Una pequeña tropa de pintores y albañiles, que seguramente seguían las febriles órdenes encaminadas a cumplir los afanes de renovación de Da Silva, se movía de un lado a otro. Antes de llegar a su cubículo se tropezó con el hiperquinético jefe de redacción, quien –pegado a su celular y hablando en inglés– le hizo señas para que lo siguiera hasta su oficina.

Con un suspiro, Julián caminó detrás de Da Silva. La amplia oficina del jefe aún conservaba efluvios del pegamento que había sido utilizado unos días antes al colocar una nueva alfombra. Un ventanal inmenso permitía contemplar parte de la ciudad, ahora envuelta por una delgada capa de lluvia.

–¿Dónde carajo te habías metido, Méndez? Te he estado buscando desde ayer.

Julián tragó grueso y le explicó con calma los resultados de su entrevista con Noelia Aponte.

–¡Gosh!, no tienes nada –le espetó Da Silva, tamborileando los dedos sobre

el lujoso escritorio.

Muy a su pesar, Julián tuvo que admitir que al menos por esta vez Da Silva tenía razón. Se ofreció a entrevistar a los familiares de otros desaparecidos, pero el jefe de redacción le explicó que más nadie quería declarar.

–Todos parecen asustados y no sé por qué –dijo, colocando los pies sobre el escritorio al tiempo que jugueteaba con el celular.

De pronto, se levantó de la silla impulsivamente y dio un puñetazo en la mesa que levantó varios papeles en el aire.

–¡Cómo no se me había ocurrido antes! La única manera de averiguarlo todo es que entres tú mismo a la secta.

Antes de que Julián pudiera replicar, Da Silva habló del impacto que podía causar un reportaje desde adentro de una organización tan polémica. Le recordó que ya él había cambiado su identidad en otras ocasiones para adelantar investigaciones periodísticas que le habían valido unos cuantos reconocimientos. El reportero no se sentía convencido y manifestó su preferencia por el asunto de los terrenos, contándole lo que le había dicho el taxista sobre la inminencia del fallo del tribunal. Da Silva le expresó que eso estaba más estancado que el asunto de la secta; él sabía de buena fuente que el veredicto estaba muy lejos de fallarse y más rápido se resolvería el misterio de Aponte que el caso de los terrenos. Añadió en tono confidencial:

–Es un asunto de prioridades, *dude*. Mi futuro suegro está muy interesado en el caso porque el ingeniero trabajaba para una de sus empresas y quiere recuperar a su empleado –confesó.

Hasta entonces Julián se había preguntado por qué Noelia Aponte había accedido a una entrevista precisamente con él, pero ahora le parecía clara la escogencia de su periódico. Quizás el viejo Febres, sintiéndose magnánimo, le había ofrecido a Noelia ayudarla a recobrar a su marido. Todavía trató de zafarse del compromiso aludiendo a sus vacaciones vencidas. La verdad era que tampoco quería tomar su postergado asueto sin haber descubierto los entretelones del caso de los invasores de los terrenos. Su instinto de veterano le indicaba que algo muy turbio podía esconderse detrás de todo el asunto, pero se debatía entre la pasión reporteril y la atrayente perspectiva de alejarse de Da Silva por un tiempo.

–Apenas termines este reportaje, agarras todas tus vacaciones vencidas. *¿Deal?*

Julián suspiró al quedarse sin argumentos. El *bip* del celular interrumpió sus

reflexiones. Tenía un mensaje de la archivista del tribunal:

REUNION CAN C LADA  
T LLAMO LUEGO  
NANCY

Da Silva aprovechó la pausa para despedirlo, recordándole que la secta se reunía todos los sábados en el parque y allí sería el mejor lugar para contactarlos.

Méndez salió de la oficina de su jefe frustrado por el resultado del encuentro y preguntándose qué le habría pasado a su informante. Evocó la figura de la joven archivista, apenas envuelta en la estrecha minifalda del uniforme de los tribunales y su desazón fue doble: por un lado, había perdido la oportunidad de obtener información de primera mano y por otra, se le escapaba otra ocasión para continuar sus avances con la muchacha, a quien ya estaba previendo como posible sucesora de la fogosa Clarita. La llamó varias veces, pero el celular parecía apagado. En uno de los pasillos se encontró con Lugo, quien le confirmó el rumor sobre el inminente fallo.

—Lo más probable es que no se convoque a la prensa, para evitar preguntas —aseguró Lugo— recostando su espalda contra la pared del pasillo.

Albañiles y pintores vestidos con uniformes color kaki pasaban al lado de los reporteros dejando en el aire un aroma de pintura y barniz. Julián preguntó quién haría el esperado anuncio.

—No sé —replicó su colega— pero seguro se difundirá a través del canal del Estado, me imagino que no querrán dar muchas explicaciones.

Ambos se distrajeron un momento al seguir con la mirada a Malena, una morena de senos operados y espesas pestañas que atravesó el pasillo sin mirarlos siquiera, ya que jamás se dignaba a saludar a quienes no fueran miembros de la directiva del diario. Hablaron un rato más sobre las posibles consecuencias del anuncio y el reportero pudo observar en su colega un creciente interés por el caso, cuando le mencionó su deseo de tomar vacaciones apenas cumpliera con la asignación sobre la secta. Se le ocurrió que al verse obligado a abandonar el reportaje, quizás Lugo lograra apoderarse de él y arrebatarle la gloria de un trabajo más interesante y trascendente que el de la fulana secta. Últimamente lo observaba muy patronal. Era el único de los reporteros al que parecían gustarle las remodelaciones impuestas por Da Silva.

Todo el asunto lo puso de mal humor e inventó un pretexto para faltar a la reunión vespertina con sus colegas en el Mesón de Paco. No le brindaría en

bandeja de plata la información que había logrado recabar y mucho menos las hipótesis que adelantaba al respecto.

Esa tarde de viernes, contra su costumbre, se quedó en casa con el televisor encendido hasta muy tarde, pendiente del posible veredicto del tribunal. Cerca de la una, el noticiero anunció que los jueces postergaban su decisión indefinidamente, sumiendo a los interesados –invasores e industriales– en un limbo burocrático que podía tomar meses, contradiciendo así la predicción del taxista. Julián trató una vez más de comunicarse con Nancy, pero sólo obtuvo como respuesta la grabación que informaba que tenía lleno el buzón de mensajes. Con un suspiro se resignó a dejar de buscar excusas para evitar dedicarse a tiempo completo al reportaje sobre la secta.

Al día siguiente lo sorprendió la claridad que se coló por la persiana de su habitación, anticipándole una mañana gloriosa. El despertador había sonado a las siete en punto. Nunca se levantaba tan temprano y menos durante los fines de semana. Nuevamente le había sido difícil conciliar el sueño: la pesadilla recurrente de su infancia sobre el hombre de la soga que lo perseguía lo había desvelado la mayor parte de la noche. Temió que tuviera que depender otra vez de las pastillas que ocasionalmente tomaba para dormir. Al asomarse al balcón, para terminar de despertarse, se maravilló ante el espectáculo de un cielo sin nubes. Abajo, las copas de los árboles se movían suavemente con el viento revelándole los más variados tonos de verde. Escuchó el canto de las aves mientras respiraba el fresco aire matutino. Fue a la cocina y rápidamente preparó café; luego de tomarlo y mordisquear un trozo de pan con queso, se vistió con el atuendo más deportivo que encontró entre su desordenado guardarropa y se dirigió al parque.

Luego de atravesar la entrada y aventurar los primeros pasos por un camino amplio, se asombró al descubrir a cientos de personas dedicadas a múltiples actividades. Desde la distancia del balcón de su apartamento, cuando contemplaba los árboles del parque, jamás se había imaginado la cantidad de deportistas y paseantes que encontraban refugio en esos espacios. ¿Cuándo habría sido la última vez que había caminado por aquí?... Quizás hacía unos doce o quince años, al acompañar a una de sus ex mujeres, fanática del *jogging*. En aquella ocasión, Méndez sucumbió al cansancio tras unos cuantos metros, y esperó sentado en un banco a la deportista, al tiempo que juraba no repetir la experiencia jamás. Ahora el ambiente no era muy diferente, –recordó–, corredores entusiastas pasaban veloces a su lado; decenas de jóvenes practicaban

artes marciales sobre la grama; en varios quioscos se celebraban fiestas infantiles; jugadores de béisbol y fútbol improvisaban encuentros en los espacios más amplios; parejas de enamorados se adueñaban de los rincones más sombríos para encontrar algo de intimidad; practicantes de yoga y tai chi cumplían sus rutinas con precisión coreográfica. El parque parecía un mercado oriental, multicolor y bullicioso. “Es un lugar perfecto para pasar desapercibido” –pensó– al tiempo que se preguntaba cuánto más tendría que caminar para encontrar a los miembros de la secta y si sería capaz de distinguirlos entre tanta gente.

Estuvo deambulando por unos veinte minutos hasta que los distinguió cerca de una colina. Era un grupo de alrededor de cincuenta individuos de diversas edades, la mayoría mujeres y hombres cuarentones como el mismo Julián y unos cuantos jóvenes, todos de aspecto raquítico y vestidos con una camiseta blanca con un extraño logotipo color violeta: una estrella de siete puntas con una espiral en el centro. Tenían la mirada concentrada en un hombre alto que hablaba gesticulando. Méndez se acercó despacio y pretendió atarse la cuerda de uno de sus zapatos, como si no prestara atención al discurso. Pronto se dio cuenta de que no era el único curioso. Algunos deportistas se habían detenido unos momentos y escuchaban con atención la charla del hombre.

Lo sorprendió el aspecto del líder. Había esperado un anciano de barba blanca y aspecto descuidado, pero el hombre de los gestos era joven, tendría no más de treinta o treinta y dos años, tez clara, cabello castaño que lucía un corte reciente y estaba perfectamente afeitado. Era alto y delgado, vestía un sencillo *jean* y una camiseta inmaculadamente blanca. Hablaba con una voz grave, de dicción perfecta, sin titubeos ni muletillas, como un locutor profesional. “¿Qué hace este hombre aquí?”, se preguntó Julián. “Debería estar en un *show* televisivo”. Fácilmente pudo imaginarlo como el conductor de un programa de variedades que hace una pausa para demostrar la efectividad de un producto.

El discurso le pareció muy previsible, hablaba de pecados, conversión, castigos y la recompensa divina. “Toda esa paja de los curas, pero en tono más apocalíptico”, rió, sin dejar de admirar el impecable dominio del hombre sobre los oyentes. Su hablar era pausado y sus gestos, que en otra persona podrían parecer estudiados, poseían una cualidad natural, una condición única, como si el movimiento de sus manos, sus pasos y su mirada estuvieran destinados desde siempre a cada uno de sus interlocutores. Era como contemplar un cuadro donde el sujeto representado es quien te mira y te juzga.

El líder, quien se hacía llamar Gabriel y se autoproclamaba la encarnación

del arcángel, llamó a todos a la oración. Ahora el grupo había crecido. Se sumaban más adeptos uniformados y algunos curiosos. Estaban de pie, formando un pequeño tumulto frente al hombre que arengaba desde la colina. Gabriel exhortó a los presentes a que se dispusieran para orar. Ya estaba alzando los brazos con las palmas abiertas hacia el cielo cuando algo pareció perturbarle. Los bajó bruscamente y comenzó a escrutar con sus ojos azules a la multitud.

–¡Aquí hay gente que está tensa y negativa, cerrada a la verdad! –gritó.

El público se revolvió incómodo, como buscando a un culpable. Dirigiéndose hacia donde estaba Julián, el líder ordenó:

–¡Descruza los brazos!

Todos se volvieron hacia el reportero y éste se dio cuenta de que tenía los brazos cruzados y rápidamente los separó. “Vaya comienzo” –se lamentó Julián–, “y yo que quería pasar desapercibido”.

Siguieron varios cánticos y oraciones hasta que Gabriel les impartió su bendición. A Méndez le costó acercarse al maestro. Los adeptos se empujaban para alcanzarlo. Una joven ojerosa de largos cabellos negros se conformó con rozar la espalda de su camiseta y luego se retiró eufórica, exclamando unas extrañas alabanzas. Un hombre bajo y pálido, de aproximadamente la edad de Julián, hizo un gesto de arrodillarse frente al líder, pero éste –con un ademán de benevolencia– no lo permitió y le impuso las manos. El hombre lloró por unos minutos y fue confortado por Gabriel con una oración que murmuró en un idioma que el periodista no pudo reconocer.

Luego de otras demostraciones de reverencia por parte de los miembros de la secta, al fin llegó el turno del reportero. Julián enfrentó la mirada escrutadora del líder y le expresó su deseo de unirse al grupo.

Gabriel lo escuchó y se quedó en silencio por unos minutos. El reportero pensó que quizás se había precipitado y hubiera sido más prudente esperar hasta ganarse la confianza de la secta, pero no había resistido la tentación de acelerar todo el proceso, a ver si salía de una vez por todas de ese reportaje –si es que lo había realmente– para poder dedicarse al asunto de los terrenos y tomar unas largas vacaciones que le permitieran reenfocar su vida laboral.

–Sé la causa que te trae a nosotros, hermano –sonrió el líder con un enigma en los labios y una mirada directa a sus ojos–. Eres bienvenido.

Julián no pudo evitar estremecerse al escuchar estas palabras. “¿Será que éste está sospechando algo?”. En su mirada y en una mueca de su boca le pareció detectar por unos segundos un gesto de desprecio o acaso una sutil burla.

Gabriel le dio la espalda y murmuró algo a uno de sus ayudantes, un joven delgadísimo y serio que asintió lentamente y se aproximó al reportero. A Julián el rostro impasible y blanco del muchacho le recordó a una oveja mansa. Se presentó como Paniel y le indicó la fecha del próximo retiro, proporcionándole una arrugada planilla donde debía llenar sus datos personales. También le dio instrucciones escritas de lo que le sería permitido llevar, cuánto debía pagar, qué prendas debería vestir para la ocasión y otra serie de recomendaciones que le recordaron la lejana época de sus campamentos escolares. El periodista –resignado–, completó el formulario colocando un nombre falso y una profesión que le pareció anodina: vendedor de electrodomésticos.

Tenía apenas un par de días para arreglarlo todo, antes de partir a una finca ubicada en un lugar indeterminado, a varias horas de la ciudad. Omitieron la exacta localización del lugar –le explicó Paniel, con su voz pausada y ceremoniosa– porque Gabriel no quería que los novicios se distrajeran con los contactos del mundo exterior. Tampoco le especificaron el tiempo que tomaría la actividad. Podría ser un mínimo de dos semanas o mucho más.

–La noción del tiempo es relativa para el maestro –agregó Paniel con una media sonrisa– el tiempo es infinito.

“Bueno” –se conformó Julián–, “de todos modos, necesitaba alejarme de la redacción por un tiempo”.

El lunes, de vuelta en el periódico, el reportero se dedicó a buscar en la prensa más información sobre la secta. Apenas encontró unas cuantas quejas de algunos familiares de los miembros, amargados por su brusca desaparición, pero no era posible acusar al grupo de nada, porque todos eran mayores de edad. Se quedó atónito al hallar en Internet más de dos mil entradas que reproducían el logotipo de la agrupación y sus múltiples conexiones con otros cultos internacionales. Encontró evidencias de que el Círculo de Gabriel tenía ramificaciones en lugares tan distantes como un par de ex-repúblicas soviéticas y un país africano. “¿Tanzania?” –se asombró–. No pudo dejar de sonreír al imaginarse al líder gesticulando con su camiseta blanquísima ante unas lejanas tribus del África Oriental. También parecían estar asociados a una trasnacional norteamericana. “Cuando no, esos gringos si creen en pendejadas”.

En algunos países los miembros del grupo habían sido acusados de secuestro, evasión de impuestos y –en una remota isla del Pacífico–, de homicidio, pero no se les había podido probar nada. Parecían una trasnacional exitosa, un clan movido por una fe que había logrado en corto tiempo –menos de cinco años–,

extenderse por centros urbanos y localidades rurales, tanto de países del primer mundo como de repúblicas bananeras.

Se detuvo a pensar sobre la globalización de la secta. ¿Cuáles serían sus apoyos económicos?, ¿Quién los financiaría? En la página web del Círculo de Gabriel se hablaba de manera muy general de donaciones y aportes de los miembros y simpatizantes. ¿Pagarían impuestos?, ¿Tendrían inversiones distintas a lo puramente religioso?, ¿Por qué tanto misterio?

Lamentablemente no tenía tiempo en ese momento para esas averiguaciones. Le pidió a Da Silva que asignara a algún novato desocupado a investigar sobre el aspecto financiero y transnacional de la secta en las próximas dos semanas.

–Tranquilo, pondré a Gutiérrez a escarbar sobre el caso. *Enjoy your holidays!* –ironizó el jefe de redacción.

Julián se lamentó por la escogencia de Gutiérrez como ayudante para el reportaje. Era el más inepto de los pasantes, un jovencito introvertido al que le costaba comunicarse hasta con sus propios colegas, y seguramente por eso Da Silva lo había ofrecido con tanta generosidad. Parecía que estuviera entorpeciendo su vida adrede o quisiera poner a prueba su capacidad de aguante. Tomó la decisión de irse de vacaciones tan pronto entregara el trabajo sobre la secta. Aunque no dispusiera de fondos para disfrutarlas, le vendría bien unos meses fuera de ese ambiente, donde hacía tiempo ya no se sentía respetado. “¡Al carajo con el reportaje de los terrenos, con Da Silva y todo el diario!”. Quien sabe si valdría la pena buscar otra publicación donde realmente valoraran su talento y veteranía. Se despidió de algunos de sus compañeros de la redacción comentándoles que iba a hacer un reportaje fuera de la ciudad y luego tomaría sus vacaciones vencidas. No tuvo ánimos para irse de farra con los amigos esa noche, ya que debía levantarse temprano, así que apenas llegó a su casa, se echó en la cama.

Cuando ya estaba entregándose al sueño lo despertó el timbre de su celular. Era Valladares, a quien no había visto en el periódico en varios días, por estar aquejado por una virosis. Debía estar en el Mesón de Paco, –dedujo–, al escuchar una algarabía de vasos y risas que opacaba su voz:

–¡Te tengo una primicia, carajito! Apareció un muerto y parece que está vinculado a la secta.

–¿Quién?, ¿El ingeniero Aponte? –se despabiló el reportero.

–No se sabe, el cuerpo está completamente carbonizado y hay que hacerle miles de pruebas para identificarlo.

–¡Coño! Y yo que mañana me voy de viaje con esa gente... –se alarmó Julián y le contó a su colega sobre sus planes para unirse al grupo con el fin de escribir el reportaje.

–Hay otra vaina importante: al lado del muerto apareció una medalla con el logotipo de la secta.

–¡Qué raro!, ¿Cómo dejaría alguien una evidencia así ? O los quieren incriminar o...

–... o es una venganza y una advertencia –completó Valladares–. ¡Cuidese, compañero!

## Capítulo III

### Dentro del Círculo

Esa noche finalmente las pesadillas le concedieron una tregua. A las cuatro de la mañana el despertador lo arrancó de un tranquilo sueño. Julián se levantó malhumorado, miró el reloj y se dio cuenta de que no tenía tiempo para desayunar. Casi dormido, introdujo unas cuantas mudas de ropa en su mochila y llamó a un taxi que lo trasladó en pocos minutos por una ciudad fría y desierta al sitio de encuentro donde saldría el autobús.

El grupo era de unas treinta personas, seis de ellas vestían las camisetas con el logotipo de la secta y actuaban como organizadores, impartiendo instrucciones al resto. Los llamaban los fieles, mientras que los aspirantes –como él– eran los novicios. Gabriel no se divisaba por ninguna parte. Tampoco se encontró con Paniel, el lacónico ayudante del líder, pero pudo distinguir a algunos de los asistentes a la reunión del parque: una pareja de edad madura –él un poco pasado de peso y completamente calvo; ella bajita y canosa–, que parecían discutir todo el tiempo y se quejaban del aire acondicionado del bus último modelo; unas filas más adelante reconoció a un hombre cuarentón y delgado, de cabello castaño y gruesos bigotes rubios que llevaba una gorra deportiva, al que había visto cantando con entusiasmo en la reunión; al voltearse para ajustar su asiento, se topó con los ojos inquisidores de la mujer de largos cabellos oscuros y pronunciadas ojeras, que luego de tocar a Gabriel el sábado pasado había prorrumpido en alabanzas, y que ahora estaba sentada justo detrás de él; Julián le dirigió una sonrisa que ella no correspondió, más bien le lanzó una mirada que parecía de desconfianza o de odio. Había temido que en el trayecto tuvieran que escuchar discursos o cantos, pero afortunadamente, se impuso un voto de silencio obligatorio, gracias al cual pudo dormir hasta que llegaron al sitio del retiro. Lo despertó el suave bamboleo del autobús al deslizarse por un piso de tierra. Distinguió por la ventana a un par de fieles que abrían con dificultad las enormes y pesadas rejas de una finca; luego de pasar el vehículo, escuchó el sonido metálico de las cadenas que sellaban nuevamente las puertas y tras rodar unos minutos, el bus se detuvo. Se sorprendió al comprobar que habían viajado

por más de cinco horas. Tenía hambre.

Novicios y fieles bajaron del autobús y se encontraron en un enorme patio. En el cielo diáfano brillaba un sol implacable. Cada novicio fue chequeándose en una lista, mientras su equipaje era revisado cuidadosamente. A Julián le decomisaron sus paquetes de cigarrillos, el celular, un pequeño grabador, unos caramelos que no recordaba que llevaba, el reloj, el bolígrafo y una libreta para apuntes. Frente a él relucía una casa blanquísima y amplia de dos pisos, con puertas, ventanas, balcones y techo de madera. A ambos lados del patio había otras construcciones más pequeñas con características similares, pero de un solo piso; curiosamente, ninguna ventana interrumpía la continua pulcritud de sus paredes. En silencio y siguiendo una indicación de los fieles, todos los novicios entraron a la casa de la derecha, donde en una estrecha sala, apenas dividida por una espesa cortina, recibieron uniformes parecidos a los de los miembros de la secta: camiseta y pantalón blanco, y dejaron su equipaje. Apenas se cambiaron – las mujeres de un lado de la cortina, los hombres del otro –, fueron conminados a salir y esperar de pie, bajo el candente sol, hasta que apareció Gabriel para arengarlos.

El líder ahora estaba completamente vestido de blanco. De su rostro había desaparecido la enigmática sonrisa y gesticulaba desde el balcón de la casa principal con una retórica plagada de acusaciones. El piso de madera crujía con cada uno de sus calculados pasos. Les recordó sus bajezas e inmundicias, los acusó de pecadores, viles e indignos del amor del padre sagrado. Les habló de la necesidad de redimirse para poder formar parte de un mundo nuevo.

–¡No todos han sido llamados!, ¡No todos han sido elegidos! –anunció con voz potente–. ¡Pero a ustedes se les ha dado una oportunidad de salvarse, mediante el sacrificio!

El periodista tuvo que admitir que estaba impresionado por el tono apocalíptico de este nuevo discurso, pero logró desvincularse del contenido de la arenga luego de un tiempo que calculó en poco menos de dos horas. Durante ese lapso se dedicó a observar con disimulo a sus compañeros y al lugar. La joven ojerosa que le había dirigido la mirada de odio en el autobús parecía arrobada, con una sonrisa que juzgó bobalicona dibujándose en sus labios delgados. El hombre de los bigotes rubios –ya sin la gorra deportiva–, parecía preocupado o molesto. Hacia su izquierda detalló a la pareja madura sudando y haciendo evidentes esfuerzos por mantenerse en pie. Un poco más distantes se encontraban otros novicios que no había notado con anterioridad: hombres y

mujeres de diversas edades, completamente concentrados e inmóviles. Por unos instantes observó a un hombre de barba entrecana sentado en una silla de ruedas, quien probablemente ya estaba en el bus cuando Julián entró y que ahora sollozaba y se secaba las lágrimas con una bandana blanca que había desprendido de su cabeza. La casa de dos pisos parecía ser la construcción más antigua, quizás de la época colonial, con sólidas columnas y paredes gruesas, mientras que las casuchas sin ventanas lucían contemporáneas. Detrás de la casa principal se adivinaba el techo de una edificación más grande, pero desde su puesto, Julián no podía divisarla.

Gabriel llamó su atención nuevamente desde el balcón al subir el tono de la voz. El periodista pensó que quizás había notado su distracción y ahora se dirigía especialmente a él. Entonces le pareció distinguir en el hueco de la puerta detrás del líder una sombra femenina que pasó rápidamente, como un fugaz espejismo de cabellos rubios y sueltos.

Justo en ese momento, Gabriel gritó:

–¡El enemigo tiene mil colores y mil formas, ataca por donde menos se le espera, y no descansa nunca!

Luego de esta sentencia y sin decir más palabras, les dio la espalda y Julián lo vio desaparecer por la puerta donde creyó haber visto la figura de una mujer.

Pensó que el discurso se había llevado más de media mañana y estaba a punto de echarse en el piso a descansar cuando reconoció detrás de los novicios la voz de Paniel, indicándoles que debían formarse. Todos se volvieron e inmediatamente, sin la más mínima pausa, los fieles los condujeron en una caminata por los vastos espacios de la finca. Julián no lo podía creer, no habían comido nada desde que salieron en la madrugada. Cuando se atrevió a romper el voto de silencio pidiendo agua, uno de los fieles le respondió con una simple negativa:

–Es por tu bien, para tu purificación.

“¡Maldito Da Silva!” –pensó con infinita rabia–. “A esta hora debe estar con los peces gordos del periódico y con media sala de redacción en el Mesón de Paco, hartándose de tortillas y cerveza, mientras yo estoy jodido aquí con esta cuerda de locos”.

Paniel les ordenó que se colocaran en fila y señaló a dos de los novicios para que cargaran al paralítico de la bandana, que se llamaba César, a fin de poder transportarlo durante la caminata. Con Paniel a la cabeza rodearon la casa y salieron a campo abierto. Julián divisó a su izquierda, a unos doscientos metros,

una gran construcción circular de varios pisos, que brillaba como una perla gigante bajo los rayos solares, pero tuvo que desviar su mirada hacia el frente, ante la orden de uno de los fieles.

La finca era enorme. Frente a sus ojos se extendían hectáreas de terreno sin caminos visibles; apenas algunos breves huertos de hortalizas modificaban la monotonía de un paisaje plano, manchado de verdes y ocres. Hacia el lejano horizonte se adivinaban montañas azules y escarpadas. Caminaron bajo el sol ardiente por varias horas, primero en silencio, luego cantando unos salmos que de tanto repetirlos, el reportero terminó por aprender. Cuando pensaba que no podía estar más cansado, le tocó el turno de cargar a César. Lo tuvo que tomar de los brazos, mientras un joven muy serio lo llevaba por los pies. Aunque el hombre no era muy corpulento, se le resbalaba entre el sudor y el cansancio. Para aumentar su desgracia se acercaron a un ancho río y se les prohibió detenerse, mientras continuaban bordeando la orilla entre cantos y alabanzas. El sonido y la vista del agua cristalina incrementaron su sed y su rabia. Por primera vez comenzó a cuestionarse la validez de esa investigación.

Finalmente, pareció que Paniel se hubiese apiadado de ellos y ordenó el regreso, pero estaban tan lejos de la entrada de la finca que el anuncio no le proporcionó alivio. Dos hombres, –el calvo de la pareja madura y el de bigotes rubios–, se habían retrasado considerablemente y uno de los fieles se devolvió para buscarlos, mientras al resto no se les permitió disminuir la velocidad de la marcha. Para Julián lo más asombroso era que nadie parecía compartir su disgusto. Aún jadeantes, todos cantaban y renovaban el entusiasmo con cada nuevo himno. “Es como si con cada dificultad y esfuerzo hicieran méritos por cumplir ese sacrificio del que hablaba Gabriel”.

Cuando llegaron al punto de partida, el reportero casi arrojó a César al suelo y el hombre soltó un leve quejido mirándolo con ira. Otros novicios devolvieron al paralítico a su silla de ruedas y, siguiendo a Paniel; el grupo se dirigió al domo, que era el nombre de la construcción circular, que tanto le había llamado la atención a Julián unas horas antes.

Al entrar, el periodista no se sorprendió de la blancura de las paredes. Era un espacio enorme con piso de cemento pulido y una tarima circular en el centro, sobre la cual ondeaba una bandera blanca donde destacaba la estrella de siete puntas que era el logotipo de la secta. A un lado de la construcción había una escalera de madera, protegida por una puerta cerrada con una gruesa cadena y un candado.

Cada novicio recibió una pequeña taza de agua y todos fueron rápidamente llevados hacia un extremo del salón, donde les repartieron unos libros y les señalaron los capítulos que tendrían que memorizar para el examen al que se someterían esa misma noche. Uno de los fieles les anunció que sólo quienes memorizaran los capítulos completos tendrían derecho a la cena. Fallar la prueba se consideraba una falta. Aquellos que acumularan hasta dos faltas serían expulsados de la finca o castigados con severidad. Al reportero la tarea le pareció humanamente imposible. Nunca había sido bueno para las memorizaciones verbales y el texto era de unas veinte páginas. Pensó que era un chiste cruel, pero no quería ser eliminado y perder la oportunidad de la investigación que debía realizar. A pesar de todo, no le gustaba la idea de encarar al jefe de redacción y a sus compañeros del periódico y confesarles que había abandonado su asignación el primer día. Además, la aparición de un cadáver que podía ser el de Aponte, había despertado en él un interés genuino por el reportaje.

Luego de la caminata, los hombres que se retrasaron habían sido duramente reprendidos por haber llegado al lugar de reunión media hora después que los demás y fueron separados del grupo, para desesperación de la mujer que acompañaba al calvo de edad madura. Hasta ahora todo había pasado demasiado rápido y el periodista no había tenido tiempo de buscar alguna evidencia, – aunque fuera un rastro–, de Aponte y los otros desaparecidos. Estaba prohibido hablar como no fuera para orar o cantar y todos a su alrededor parecían muy obedientes y deseosos de cumplir con cualquier exigencia de los fieles. Julián hubiera dado cualquier cosa por romper el voto de silencio o al menos descansar un rato, pero el ritmo de los acontecimientos no le ofrecía la más mínima tregua y también temía que si de alguna manera se salía de las normas pudiera ser identificado, arruinando todo el esfuerzo que había hecho hasta ese momento.

En ninguno de sus reportajes anteriores había pasado por algo semejante. Toda la situación le parecía absurda. Se imaginó lo que pensarían sus compañeros de la redacción si le vieran sentado en el piso, vestido de blanco y rodeado por esa manada de locos, tratando de aprenderse un montón de versículos. Nunca había sido religioso ni creyente, pero de todos modos juró que cuando saliera de allí jamás volvería a poner los pies en una iglesia. El hambre le hizo olvidar sus pensamientos y concentrarse con angustia en su tarea. Estaba decidido a ganarse la cena y comenzó a leer:

*En el principio de los tiempos, cuando aún no había materia, ni luz, ni*

*gloria, ni masa, ni energía, ya reinaba Dios a través de sus ángeles infinitos: sus veinticinco mil ángeles custodios, sus treinta y dos mil guerreros sagrados. Ochenta por cien mil más uno era y ha sido siempre el número de los elegidos. Mar, tierra, agua, fuego, cielo y profundidades salieron de las alas de cada uno de los ángeles; cada uno una minúscula parte de Dios, que lo reproduce en toda su perfección y lo proyecta. Son siete mil sus nombres sagrados, son diez mil sus legionarios, son cien mil doscientos cincuenta y seis sus sombras perfectas...*

Julián juzgó inútil la tarea. El hambre, el cansancio y la incertidumbre le impedían memorizar esa disparatada épica. “Si tan solo el texto tuviera algo más de coherencia”. Pero se decepcionó aún más al llegar a la lista de los llamados elegidos:

*... Abael, Pariel, Benarel y Zortres, jinetes y portadores de las llamas eternas del Averno. Rojiel, Alabartros, Cantiel, Ortubis, Adrenjo, Pasariel, Dajintro, los siete que llevaban las espadas que cortaron las nueve cabezas de los traidores; Amón y Tobit, Cariel y Lucefas, benditos entre los malditos; Tolerio y Benalis; Bridel y Palesis, Jovunas y Arzael, salvadores de los moribundos, crueles con los inocentes y generosos con los malvados, sabedores de los secretos que se esconden tras las más remotas huestes...*

El reportero volteó a ver a sus compañeros. Se decepcionó una vez más al comprobar que estaban concentrados en su tarea. Un muchacho y una joven de tez muy blanca y cabellos castaños, que bien podían pasar por gemelos, estaban sentados uno frente al otro en la posición del loto y repetían en voz baja los textos sagrados tomados de ambas manos, echando miradas furtivas al libro de vez en cuando. La mujer canosa que acompañaba al hombre que había sido reprendido parecía un poco desorientada sin su pareja, pero se había colocado unos gruesos lentes y con aire preocupado pasaba las páginas y cerraba los ojos, alternativamente. En el aire flotaba un olor agrio de sudores mezclados. Las ventanas y la única puerta estaban cerradas con candados. Se hacía difícil respirar, pero nadie parecía advertirlo.

Méndez hizo un nuevo esfuerzo para completar su tarea:

*...son trece los vengadores que custodian los ocho orificios que la Gran Ramera utiliza para tentar a los varones justos...*

De pronto, uno de los fieles que había estado sentado en el piso, cerca de la puerta, se les acercó para anunciarles que el tiempo había terminado. Devolvieron los libros a otro de los acólitos y se dirigieron –siempre en fila–, hacia afuera, a unas rústicas duchas que estaban situadas al lado del saloncito

donde se habían cambiado las ropas al llegar. Les dijeron que tenían que purificarse porque pronto estarían en presencia del maestro. Hombres y mujeres fueron nuevamente separados. Para sorpresa de Julián, todos los hombres se desnudaron en una sala donde otros fieles, blandiendo unas regaderas como las que utilizan los jardineros, les apuntaron con un frío chorro a cada uno, sin ofrecerles jabones ni champú; las mujeres hacían lo mismo en la habitación de al lado, protegidas de miradas indiscretas por una cortina. En unos cinco minutos las regaderas se cerraron, les dieron un par de toallas gastadas que tuvieron que compartir entre todos para secarse y se vistieron con unas túnicas blancas y unas rústicas sandalias.

Nuevamente fueron llevados al domo. La noche se había apoderado de los amplios espacios abiertos de la finca. Julián pudo divisar un lucero antes de entrar en el salón, ahora iluminado por nueve antorchas. Esperaron de pie en un silencio expectante durante un rato hasta que apareció Gabriel, quien subió lentamente a la tarima y, sentado en un sillón de madera, parecido a un trono, procedió a examinar a cada novicio.

Uno a uno fueron presentándose delante del líder. Cuando el novicio callaba, un gesto casi imperceptible de Gabriel les señalaba a los fieles si el examinado había pasado o fallado la prueba. Inició la ronda la pareja joven de cabellos castaños, primero él y luego ella. El muchacho cerró los ojos, juntó las manos en actitud de oración y se lanzó a recitar con voz clara y fuerte, a una velocidad impresionante, cada una de las palabras que Julián había leído en las veinte páginas del libro sagrado. La chica repitió con éxito los gestos y oraciones de su compañero. Ambos pasaron el examen.

Luego vino César, quien desde su silla de ruedas, también con las palmas juntas, comenzó a declamar lentamente los versículos. Mientras lo escuchaba, Julián pensó que si le tocaba de último, quizás podría beneficiarse de la repetición de los novicios para repasar los textos. Pero no tuvo tanta suerte, porque luego del éxito de César y dos intentos fallidos de un hombre alto y de complexión raquítica, llegó su turno.

El periodista, muy a su pesar, se puso nervioso. Algo en la actitud de Gabriel le impedía sostenerle la mirada, se le enredaron en los labios los extraños nombres de ángeles y la incoherente sucesión de números del libro sagrado.

Falló.

Como habían hecho con el hombre que lo precedió en el examen, dos de los fieles lo sacaron del recinto, le dieron un vaso con agua y lo condujeron

directamente a la construcción donde se habían duchado y cambiado. Allí le ordenaron que entrara a hacer sus necesidades en una letrina. En la puerta lo esperaba uno de los fieles, quien luego lo guió en la oscuridad hasta una celda individual sin ventanas ni interruptores de luz donde estaba su mochila vacía y solo había una esterilla en el piso y ninguna sábana. Por las hendiduras de la puerta y del rústico techo se colaba un viento frío. Julián pensó que conocía presos que estaban en mejores condiciones. El fiel salió inmediatamente sin dirigirle la palabra y cerró la puerta con brusquedad. Entonces comprobó que la habitación no podía abrirse desde el interior, pero estaba tan cansado y hambriento que se durmió de inmediato. Le pareció que no habían transcurrido ni diez minutos cuando fue despertado por un sonido constante. Uno-dos, uno-dos. Tardó en darse cuenta de donde provenía el ruido que castigaba sus oídos. En el techo de la pequeña habitación había un altavoz por donde salía una grabación de los latidos de un corazón. Siguió unos cantos y una voz grave que le ordenaba levantarse. Sintió que alguien abría su puerta y salió tiritando hacia el patio.

## Capítulo IV

### Sacrificio

Afuera hacía frío y a ratos se adivinaba la luna en un cielo sin estrellas. Todos los novicios se reunieron en el patio. Algunos, como la mujer ojerosa, temblaban y cruzaban los brazos tratando de calentarse.

Julián estaba desorientado y confuso; le dolían la espalda, el cuello, las piernas y los brazos por la caminata del día anterior y el mal sueño en la esterilla, sobre el duro suelo de su celda. Calculó que podían ser las dos o las tres de la mañana, pero no encontró ninguna clave que le confirmara esta suposición. Una vez más se impuso el voto de silencio y les repartieron unos pañuelos oscuros para que se taparan los ojos. Todos obedecieron. “¿Y ahora qué?”, se preguntó. A una orden de Paniel comenzaron a caminar, esta vez cada novicio con una mano en el hombro de otro y entonando todos los salmos del día anterior.

El reportero estaba furioso y agotado. La absurda batola blanca se le enredaba entre las ramas del camino y las sandalias se hundían en la tierra y tropezaban con piedras y huecos. Como todos los demás, a veces caía y tenía que ayudarse con sus compañeros para proseguir, sin perder el ritmo de la canción ni desorganizar la fila. Se sentía ridículo y frustrado por no haber encontrado ninguna evidencia que lo acercara a su objetivo. Ni siquiera contaba con el consuelo de un cigarrillo. Pero aún dentro de su cansancio no dejaba de preguntarse a qué obedecía toda esa serie de actos incoherentes. Todo parecía conectado con la idea del sacrificio. Por un momento pensó que luego de esa sarta de penalidades era lógico esperar una recompensa análoga al esfuerzo, aunque, curiosamente, nadie hablaba de eso. Se prometió que cuando tuviera la oportunidad se atrevería a preguntar por ese supuesto premio.

La caminata se prolongó por unas horas hasta que el amanecer los sorprendió cerca de la entrada de la finca. Se quitaron al fin las vendas de los ojos congregándose nuevamente en el patio. En ese momento Julián notó la presencia de los dos hombres que habían sido castigados al quedarse atrás en la excursión del día anterior. El gordo calvo de edad madura se acercó renqueando hasta su

pareja. Le temblaba una mano y parecía muy cansado, a pesar de que no había caminado esta vez con el grupo. Intercambió una mirada de angustia con su mujer y bajó los ojos. El otro, el hombre de los bigotes rubios, estaba pálido y lucía una expresión dura en el rostro, su mirada se dirigía hacia el suelo.

De repente, vibró en el aire la voz grave e inconfundible de Gabriel y todos voltearon hacia el balcón manteniéndose tensos durante su discurso. Al periodista la arenga le pareció exactamente la misma del día anterior. Podría jurar que hasta los gestos del líder, la dirección de su mirada, sus pasos, palabras y vehemencia eran una copia del discurso de la jornada previa. Otra vez las acusaciones de impureza, los insultos y las recriminaciones. Su dedo amenazante parecía dirigirse hacia cada uno de los novicios.

—¡Confiesa tus culpas y clama por el perdón! ¡Sólo así serás salvado!

Pasaron las horas con lentitud desesperante y Julián estaba tan agotado que pensar le suponía un esfuerzo sobrehumano. Miró discretamente a su alrededor y por primera vez se dio cuenta de lo grave de su situación: el lugar estaba fuertemente blindado contra cualquier intento de fuga; con una firmeza que contrariaba su cara de oveja mansa, Paniel les había advertido que nadie podía salir del lugar sin el permiso de Gabriel; los muros eran demasiado altos, las puertas estaban aseguradas con cadenas, los novicios eran vigilados constantemente y nunca los dejaban a solas. “Esto es una auténtica cárcel”. Si se daba por vencido o era expulsado lo más probable era que recibiera un castigo físico, a juzgar por la cara de los compañeros que habían sido sancionados. Su única oportunidad de sacar provecho de la situación era continuar en la secta hasta descubrir lo que había detrás de tanto misterio. Tomó una resolución. Haría hasta lo imposible por ganarse la cena de esa noche y ser aceptado por todos, especialmente por el líder.

El día transcurrió con los mismos ejercicios, cantos y oraciones. Durante la caminata se concentró en la letra de los salmos y luego, ya en el domo, hizo su mejor esfuerzo por aprenderse el absurdo texto sagrado. Este sí era nuevo, o al menos así le pareció al reportero, aunque no tenía la menor coherencia, igual que el del día previo. Julián bloqueó de su mente la existencia de los demás novicios, de los fieles y hasta de la inmaculada sala blanca. Dispuso cada uno de sus sentidos para la extraña sucesión de palabras. Se aferró al texto como si en realidad existiera alguna revelación escondida detrás de cada letra y fuera él la única persona capaz de desvelarla.

El tiempo de la memorización pareció transcurrir con más celeridad esta vez

y pronto los fieles les quitaron los libros y los condujeron nuevamente a las duchas. Julián aún repetía mentalmente los textos sagrados cuando el chorro de la regadera lo sacó de su concentración. El agua fría lo devolvió a la realidad. A su lado, los dos hombres que habían sido castigados se encargaban de sostener a César. No pudo dejar de notar unas manchas rojizas en sus espaldas, mientras el inválido se mantenía impávido ante los esfuerzos que hacían por mantenerlo de pie, como si su condición le mereciera consideraciones especiales. “En esta secta todos son medio sádicos. Estos carajos son capaces de cualquier cosa”, pensó Julián, mientras se secaba y se preparaba para el momento de la prueba.

Ya dentro del domo, el grupo esperó un momento por el líder. Todos los novicios permanecieron en un silencio expectante; el reportero se sintió sereno hasta que hizo su entrada Gabriel. Su presencia le produjo un cosquilleo en la boca del estómago. Le angustiaba la idea de fallar de nuevo. Cuando le tocó su turno, una idea salvadora acudió a su mente. Cerró los ojos y juntó las palmas de las manos como había visto hacer a varios de los novicios. Escuchó una voz que tardó en reconocer como suya recitando con lentitud una inverosímil sucesión de nombres y números. Antes de abrirlos nuevamente, vibró en la sala el veredicto del líder:

–¡Suficiente!

Había pasado la prueba.

Al finalizar esa noche Julián Méndez no sabía si había logrado ascender en estima frente a Gabriel para lograr su objetivo de pasar por uno más de los adeptos e investigar a fondo los misterios de la secta. Pero al menos pudo cenar unos vegetales mal cocidos, algo de puré y un pan duro que le supo a gloria.

Las siguientes jornadas transcurrieron como las anteriores. Los novicios se levantaban con los latidos acompasados del corazón a través de los altavoces, luego venía la caminata a oscuras en medio de la noche, al sermón del líder seguía la excursión diurna, los cánticos, el sorbo de agua, la memorización de nuevos versículos, el regaderazo, el examen, la cena efímera, la visita a las letrinas, la esterilla y, a diferentes horas de la noche, cuando parecía que en el aislamiento y silencio de su celda el reportero al fin lograría descansar un poco y poner en orden sus pensamientos, el ciclo comenzaba de nuevo. En los escasos minutos de tranquilidad, Julián no lograba relajarse. En medio de la oscuridad nocturna lo asaltaban sueños de gritos infantiles y despertaba agotado, como si hubiera estado corriendo, huyendo de algo o de alguien durante horas, días, años.

Una noche, el hombre de la soga de sus pesadillas –aún sin rostro–, se le

acercó demasiado, logrando casi alcanzarle en su huida. Julián lo escuchó muy cerca, recitando despacio en su oído izquierdo, con una voz profunda, muy parecida a la de Gabriel, las extrañas estrofas de los cánticos sagrados:

“...Nadie soy, solo basura, barro que tus pies pisotearon, aliento fétido de tus entrañas, excremento y bestia, orín y escupitajo del maligno; caigo una, cien, siete mil veces en el pozo insondable del pecado, soy culpable, merezco el peor de los castigos...”

Esa madrugada, cuando el altavoz bramó de nuevo los acompasados latidos a los que ya se había acostumbrado, casi agradeció la interrupción de ese mal sueño. Cuando salió al patio lo sorprendió una enorme luna llena y por un instante sintió que sus recientes pesadillas y toda su vida, con sus aciertos, debilidades y secretos quedaban al descubierto bajo la potente luz que parecía llenar el cielo.

La caminata fue más breve. Al finalizarla y antes de la charla del maestro, Paniel les informó una importante novedad: el voto de silencio había sido levantado, aunque bajo estrictas condiciones. Podían hablar entre sí, siempre que no excedieran más de veinte palabras por vez. Jamás se dirigirían a ninguno de los fieles –y mucho menos a Gabriel–, a no ser que fuera con una respetuosa seña que consistía en tocarse el corazón con el puño derecho y alzarlo luego con el brazo extendido hacia adelante. Julián recordó que ya había visto a algunos de los fieles utilizar ese extraño saludo.

Luego de que cada novicio revelara su nombre de pila al grupo, Paniel continuó explicándoles en un tono autoritario y ceremonioso, otras de las reglas a seguir, bajo pena de castigo en caso de obviarlas:

–Está terminantemente prohibido dirigirse a la casa principal, salir de la finca y comunicarse con el mundo exterior. –Caminaba en círculos alrededor de ellos–. Ni se les ocurra manchar con relaciones sexuales este lugar sagrado. –Aquí dirigió una mirada a la pareja de jóvenes idénticos que siempre sobresalía en los exámenes–. Las uniones carnales son cosa pasajera y ya Gabriel decidirá quiénes y cuándo pueden aparearse.

Julián observó que los aludidos –Muriel y Esteban– permanecían inmóviles, pero le pareció entrever una ligera mueca de disgusto en la muchacha. “A éstos como que ahora se les van a poner las cosas más difíciles”, pensó. Luego siguieron otra serie de advertencias que sonaban más bien a amenazas sobre las consecuencias de tomar agua o comida fuera de los horarios habituales, pretender faltar a alguna actividad, salirse del grupo o intentar abandonar la

finca.

–Únicamente podrán estar solos en sus celdas o en los cuartos de castigo – finalizó Pariel, al tiempo que les daba la espalda y dirigía su mirada de oveja fiel hacia la casa grande.

El reportero comenzaba a preguntarse por los cuartos de castigo a los que había aludido el lugarteniente de Gabriel, cuando tronó nuevamente la voz del líder desde el balcón con el sermón que acostumbraba repetir a esa hora.

A la rutina se añadió una variante no menos agotadora: antes de la caminata diurna todos debían cumplir con diferentes tareas. Para hacerlo, trabajarían en parejas. A Julián le asignaron la que consideró peor: limpiar las letrinas. Maldijo su suerte y se dirigió con Toledo –el hombre de los bigotes rubios–, hacia un depósito donde se encontraban los enseres de limpieza. Estaba a punto de iniciar un diálogo con su compañero de infortunio cuando al pasar frente a la cocina, detrás del domo, creyó ver a través de la ventana a César, alzándose rápidamente desde su silla de ruedas para tomar una taza desde el fregadero. “El hambre me está haciendo ver visiones o este tipo es un farsante, como el resto de estos payasos”, pensó.

Ya en las letrinas trató de buscarle conversación a Toledo, pero el hombre – quizás debido al reciente castigo–, aún parecía aferrarse al voto de silencio y respondía con monosílabos a sus comentarios. Julián se atrevió a preguntarle directamente por el ingeniero Aponte y Toledo negó conocerle. Aturdido y furioso por el olor a excrementos que emanaba del hueco en el piso, el reportero exclamó:

–Espero que limpiar esta mierda tenga alguna compensación.

–No blasfemes –respondió el otro.

Y como si hubiera estado reprimiendo las ganas de comunicar sus conocimientos sobre los designios divinos, Toledo se lanzó a una entrecortada y entusiasta explicación, mientras contaba las palabras con los dedos, para no excederse del número reglamentado:

–El – sacrificio – nos – acerca – a – Dios, – nos – eleva – desde – esta – triste – condición – humana.

Por primera vez desde que había entrado en la secta, Julián tuvo que hacer un esfuerzo para no reírse, pero decidió aprovechar ese desenfreno comunicativo de su compañero y le preguntó por el enigmático maestro. El hombre le contó que Gabriel era marino y en uno de sus viajes Dios se le había revelado en forma de tormenta. Su barco había naufragado y él fue el único en salvarse, prueba

evidente de haber sido elegido para un destino superior al del resto de los mortales. Su instinto de reportero le indicó que valía la pena verificar este dato, que aún dentro de lo fantasioso de su tono, podría revelar algún indicio sobre los verdaderos orígenes del líder. Lamentó una vez más su aislamiento y comenzó a pensar en la manera de hacerse con su celular o algún otro medio para comunicarse con el diario. Pero Toledo aún no había terminado.

–Quizás – la – médium – te – pueda – informar – más – sobre – Gabriel.

–¿Qué médium?

–Es – una – mujer – santa, – un – oráculo – divino – que – anuncia – lo – bueno – y – lo – malo – que – está – por – suceder.

Julián se preguntó qué clase de esperpento podría ser esa mujer y por qué no había escuchado antes hablar de ella. Toledo le explicó que la médium aparecía contadas veces en público y Gabriel la conservaba en la casa principal. El reportero recordó que en algunas ocasiones le había parecido entrever a una mujer de largos cabellos rubios detrás del líder, al momento de los sermones desde el balcón y comenzó a pensar en la manera de aproximarse a ella. Si resultaba tan comunicativa como Toledo, quizás podría sacarle alguna información valiosa.

El día continuó con las rutinas de siempre. Sin embargo, las nuevas tareas restaban a los novicios valioso tiempo al momento de estudiar el libro sagrado, ya que la cantidad de material a memorizar seguía siendo de unas veinte páginas. “¡Maldito Da Silva!”, pensó una vez más el reportero. A pesar de haber finalizado el voto de silencio, sus compañeros no hablaban mucho. Todos estaban demasiado concentrados en la lectura. Julián notó que Muriel y Esteban –los jóvenes devotos que casi parecían hermanos– ya no estudiaban tan juntos como en las noches anteriores. Por su parte, Orlando y Alida –la pareja de edad madura– apenas hablaban entre sí en murmullos. Isis –la mujer joven a la que se le habían acentuado las ojeras con el cansancio– prefería cerrar los ojos después de leer cada párrafo y movía los labios como repitiendo para sí el texto. Hasta Toledo se mantenía en un silencio que lo aislaba de todo lo que no fuera palabras y números.

Esa noche, luego de que todos los novicios superaran el angustioso examen, Gabriel se extendió en un interminable discurso que estaba demorando demasiado el anhelado momento de la cena. Julián estaba muy cansado, hacía enormes esfuerzos por mantener los ojos abiertos mientras el maestro les hablaba sobre la fe.

–Todo lo malo que te pasa es porque no crees lo suficiente –vociferaba el líder, apuntándoles a cada uno con su dedo inquisidor.

Por un momento, el reportero se dejó llevar por sus propias reflexiones. “¿Crear en qué? Ese es el problema”. Cuando era un jovencito ilusionado con el periodismo, con fe en la profesión y en su capacidad para denunciar arbitrariedades y contribuir a hacer justicia, hubiera hecho cualquier sacrificio llevado por la esperanza de ver un futuro mejor. Pero el transcurrir de los años le había revelado una realidad amarga y cínica, donde siempre terminaban ganando los poderosos y los débiles rara vez lograban imponerse.

Julián se sorprendió al darse cuenta de que las palabras de Gabriel no parecían tan absurdas si profundizaba en su significado. Él hubiera querido tener algo o alguien en quien creer, alguna razón trascendente en su vida más allá de la rutina del trabajo, las mujeres efímeras y los amigos. Evitó recordar a su familia y a las dolorosas razones que lo habían alejado de los suyos; por primera vez fue consciente de que no estaba atado a nada ni a nadie y ese pensamiento le produjo una opresión en el pecho como si un peso le dificultara la respiración. Cerró los ojos por unos instantes y sintió un leve mareo; el olor del incienso que cada tanto agitaban los fieles alrededor de los novicios penetró sus sentidos con un aroma amargo y tuvo una sensación de náusea. Se dejó llevar por las palabras de Gabriel y se vio a sí mismo –un niño asustado y culpable– en la pequeña habitación donde se guardaban las herramientas en la casa de sus padres. Su madre y su tío lo acusaban de traidor. Su padre les daba la espalda y se marchaba para siempre. Le costó sobreponerse a estos pensamientos y levantó los párpados mientras pensaba: “No me puedo dejar llevar por los recuerdos, tengo que mantenerme consciente”.

La voz grave de Gabriel lo devolvió a la blanca sala, al exponer con vehemencia lo que llamaba uno de los secretos del éxito de su iglesia: la sumisión absoluta de cada uno de sus miembros a él, su máximo líder, para conseguir un bien mayor.

–¡Sólo yo puedo conducirte hacia un mundo nuevo, sin enfermedades ni limitaciones ni problemas! –gritaba Gabriel entre los vítores de los acólitos–. ¡Tú puedes ser parte de los elegidos, de los que se salvarán!

Al escuchar esta última afirmación, Julián se levantó de un salto y colocando su puño derecho sobre su corazón, tal como les habían dicho a los novicios, extendió su brazo hacia el líder y dijo:

–¿Por qué no pasamos ya al mundo nuevo del que hablas?

Al escucharse a sí mismo, el reportero tembló, asombrado de su propia audacia y rápidamente se sentó, arrepentido. “¿Qué carajo me pasa?”. Hubo un revuelo en el ambiente. Los fieles hicieron ademán de golpearlo, pero Gabriel lo impidió con un gesto.

Una sonrisa bondadosa –la primera que mostraba desde que estaban en el retiro– cruzó los labios del líder.

–Purificación. Necesitas purgar tus pecados con sacrificios para redimirte y ser digno de formar parte de un mundo nuevo.

Gabriel se dirigió a Julián con pasos lentos, mientras le explicaba que no valía la pena perder el tiempo pensando. Luego se devolvió hacia la tarima y alzó la voz hacia todos los presentes. Era mejor que le dejaran las decisiones a él. Si hacían lo que les decía, si se entregaban incondicionalmente, pronto estarían preparados para el gran sacrificio final que les traería la salvación.

–Vale la pena morir ahora para renacer en un mundo mejor –concluyó, alzando los brazos.

Esta última sentencia inquietó aún más al reportero y aumentó su confusión. “Aquí se puede generar un suicidio colectivo y si es así, ¿cómo podré escapar?” –pensó angustiado.

Antes de que pudiera encontrar una respuesta, la sala en pleno –fieles y novicios– comenzó a cantar dirigida por el líder.

–¡Creo, creo, creo! –coreaban todos los presentes, a un ritmo cada vez más frenético. Con cada palabra subían los tonos de las voces, ahora acompañadas de danzas y palmadas. Julián se encontró también él cantando y gesticulando como los otros, envuelto en una gigantesca ola de energía de la cual era apenas una milésima parte, una gota, una molécula de asombro y gozo. Sintió alivio al notar el silencio de su mente y se concentró en las letras de los cantos, el ritmo del baile, la súbita algarabía que animaba la sala.

De repente, como llevado por el ritmo de las oraciones y las palmas que llenaban la noche, César se levantó de su silla de ruedas y ensayó unos pasos –primero con torpeza y luego con seguridad– hasta caer gritando alabanzas a los pies del maestro.

La euforia de los fieles se hizo entonces insoportable.

–¡Milagro!, ¡Milagro! –gritaban todos.

Isis –que se encontraba al lado de Julián– sufrió un desmayo mientras Alida y Orlando caían de rodillas con los brazos estirados hacia el maestro. Toledo lloraba y pedía perdón. Todos –jóvenes, viejos, fieles y novicios–, gritaban

incoherencias, sus bocas se retorcían en muecas de alegría; lágrimas y gritos confusos sustituían a las oraciones.

A Julián le costaba respirar. Las imágenes y los gritos, el humo amargo del incienso y los latidos de su propio corazón parecían girar a su alrededor. Solo él y el líder permanecían quietos y en silencio. El periodista advirtió la lucha que se libraba entre sus sentimientos y su raciocinio. “Este hombre es un farsante, un santo o un loco”, pensó y por primera vez desde que lo conocía pudo sostener por unos breves segundos la mirada de Gabriel.

*A través de la línea telefónica una voz grave y autoritaria reclama:*

*–Se te está acabando el tiempo. Necesito cuadrar ese negocio ya.*

*–Maestro –susurra el otro- estoy haciendo todo lo posible.*

*–No es lo posible, sino lo imposible lo que quiero que hagas. Quiero que el viejo les compre su parte de los terrenos a los demás. De los tribunales me encargo yo. ¿Me oyes?*

*–Está bien, pero... ¿Y... los invasores?*

*–Ya deberías saber que tengo fieles en todas partes.*

*El hombre calla y el otro se impacienta:*

*–No te tengo en esa posición privilegiada por nada. ¡Quiero resultados!*

*–Sí, maestro*

*–Si el viejo se niega, sabes que tengo como obligarlo. Tengo tanta información que puedo poner a mis pies a cualquier hijo e’ puta que se me atraviese: industriales, policías, gente del gobierno y hasta la prensa.*

*Luego de un nuevo silencio del otro lado de la línea telefónica, el hombre se atreve a preguntar:*

*–¿Ya decidió que va a hacer con Yehubel?*

*–Todavía no es el momento de eliminarlo. Pero pronto le llegará su turno, como a todos los traidores.*

*–Maestro, ¿Será con el fuego que purifica, como el final de Artanel?*

*Luego de una pausa, la voz deja caer las palabras muy despacio:*

*–No, esta vez será otra la manifestación del castigo divino.*

## Capítulo V:

### Una pista

Da Silva acababa de dejar el celular en la mesa de noche, cuando escuchó de nuevo la inconfundible música que le anunciaba una llamada. Se sentó rápidamente en la cama, encendió la lámpara y de manera automática –sin comprobar el emisor–, respondió:

–Sí, diga...

–Da Silva, soy yo, Julián, he estado incomunicado en la finca de la secta. Necesito tu ayuda.

–Aló, aló, no se oye, ¿quién es? –dijo Da Silva, antes de colgar y arrojar el teléfono a la mesa de noche.

Finalmente la mujer acabó por despertarse, se estiró entre las sábanas y preguntó con una sonrisa irónica:

–¿Quién era, mi amor, tu flamante esposa?

–Nadie, chica, número equivocado. No seas celosa –sonrió el jefe de redacción mientras entraba nuevamente en la cama y abrazaba a la mujer desnuda.

Deslizó goloso su mano derecha por las piernas de la mujer y fue ascendiendo hasta sus nalgas, la volteó de espaldas a la cama y tocó su sexo húmedo mientras ella reía y buscaba sus labios. “Ya habría tiempo para las preocupaciones”.

Quizás había pasado menos de una semana desde el milagro de César –hacía tiempo que Julián había perdido la cuenta de los días y las horas– cuando le llegó la oportunidad fortuita de acercarse al maestro. En aquella inolvidable sesión de la noche en la que el parálítico volvió a caminar, el atrevimiento del reportero le había generado dividendos inesperados. Su impertinente pregunta sobre el mundo nuevo, le valió la atención del líder, quien le dijo a Paniel que lo sacara de las letrinas y lo colocara a cargo de la limpieza de una sección de la casa grande.

Julián sintió alivio al recibir la noticia, pues este cambio quizás le permitiría avanzar en sus investigaciones. Pero antes de comenzar sus nuevas labores, le

ordenaron acudir al despacho del líder.

Al penetrar en la casa fue consciente de haber ingresado a un mundo totalmente diferente al resto de la finca. Una cómoda burbuja protegida de la austeridad que hasta entonces había observado en la secta. Lo reconfortó el aire acondicionado que contrastaba con el bochorno eterno al que estaban sometidos los novicios todos los días. Pisó alfombras mullidas que mostraban arabescos dorados, observó en las paredes delicadas litografías que asumió debían ser originales de diversos autores famosos; muebles de madera noble invitaban al descanso en los amplios salones. Pero lo que más llamó su atención fue la oficina de Gabriel. Decorada en un estilo minimalista, con escaso mobiliario moderno y oscuro, frente a las blancas paredes, exhibía los aparatos electrónicos más modernos y de las mejores marcas: una pared estaba cubierta por una pantalla gigante; en el centro de la habitación, en un elegante escritorio de caoba se encontraba una tableta plateada; a su lado, un teléfono satelital y varios celulares de última generación. En un extremo del despacho, destacaba en el centro de un estante con escasos libros un reproductor digital con unos minúsculos altavoces de alta fidelidad, de los cuales salían acordes que el reportero probablemente había escuchado antes pero no era capaz de reconocer. La música clásica no era su fuerte.

Julián se mantuvo de pie, aguardando al maestro frente a la mesa, mientras miraba la silla de cuero negro que también parecía esperar por su dueño. A escasos metros detrás de él se mantenían un par de fieles, los guardaespaldas del líder.

Luego de unos diez minutos, Gabriel entró sin prisa, vestido con un pantalón color caqui y una sencilla camisa blanca y se sentó en la cómoda poltrona, echándose hacia atrás y colocando los pies estirados sobre la mesa. Al reportero el ademán le pareció familiar, pero no pudo identificar a quién o qué le recordaba ese gesto.

–Así que tú eres...

–Olegario Ramírez –dijo rápidamente, recordando el nombre que había dado al ingresar al retiro.

–Ese no es tu nombre verdadero –afirmó el maestro con una sonrisa burlona.

Julián palideció y se mordió los labios con desconcierto. El líder agregó despacio:

–Es posible que tu verdadero nombre esté escrito en los versículos sagrados. Pronto lo averiguaremos y si superas las pruebas a las que serás sometido,

recibirás una nueva identidad, la que te corresponde como parte de los elegidos.– Sonrió–. Pero tienes que ganártela.

El reportero se limitó a asentir en silencio, con una mezcla de alivio y ansiedad. Por un momento creyó que lo habían descubierto. Nuevamente le era difícil sostener la mirada del maestro. Desvió sus ojos hacia el piso y en el silencio que siguió durante un minuto eterno se entretuvo pensando que si lo que Gabriel decía era cierto, los absurdos textos plagados de palabras extrañas y números podrían tener algún sentido. Sintió una ligera envidia de los fieles y sus insólitos nombres que aludían a ángeles, arcángeles, quizás demonios, pero en todo caso, a seres especiales; tenía que admitir que esos nombres habían llegado a fascinarle, parecían la puerta hacia un mundo más seguro en el que nada estaba dispuesto por el azar, un lugar donde reinaba algún orden inmutable que daba sentido a todo: siempre había pensado que las penas y las alegrías debían tener un porqué ¿Y si realmente existiera un lugar donde todo fuera seguro y perfecto?

–¿Cómo sabré si estoy entre los elegidos? –se escuchó preguntar, luego de colocarse el puño en el pecho y levantar el brazo.

Gabriel lanzó una carcajada antes de contestarle:

–Estás un poco ansioso... –rió–. Eso me gusta, pero todo a su tiempo –añadió divertido. Hizo un gesto con la mano y uno de los fieles le acercó una copa y sacó una botella de vino blanco de una pequeña nevera incrustada en un mueble cercano.

Ante el asombro de Julián, el maestro bajó los pies de la mesa, se sirvió en la copa y agitó el líquido con aire de conecedor. Saboreó por unos instantes el vino, alzando el mentón en un gesto pensativo y se dirigió nuevamente al periodista.

–Hay quien me critica por tomar licor y disfrutar de ciertos placeres mundanos –sonrió–, pero yo puedo hacerlo porque estoy en un nivel mil veces más evolucionado que todos ustedes–. Se levantó de la poltrona y caminó por la habitación con la copa en la mano–. A ti te falta mucha disciplina, muchas pruebas. Vas a tener que superar tentaciones y confesar tus culpas, todos tus secretos, esos que no te dices ni a ti mismo–. Le apuntó con la copa por unos instantes.

Muy a su pesar, Julián sintió que su mano izquierda temblaba y un sudor frío bajaba por su espalda.

El maestro le dirigió una breve mirada y volvió a sentarse sin volver a verlo para concentrarse en escribir en la tableta y, haciendo un gesto con la mano, le

indicó que saliera de la habitación.

—¡Basta!, vuelve a tus deberes —ordenó.

Sólo cuando estuvo en el patio, con la escoba en la mano, Julián volvió a sentirse seguro y comenzó a evaluar el significado de toda la conversación. Se debatía entre calificar al maestro como cínico y ególatra o como un iluminado feliz que había regresado la fuerza a las piernas de César y lideraba a un grupo de elegidos hacia una forma de vida nunca antes ensayada. Pero finalmente concluyó que era una estupidez atribuirle prodigios a un hombre tan terrenal como Gabriel. Además, pensó que debía aprovechar su nueva posición para encontrar alguna pista que lo encaminara en su investigación.

El reportero pronto se acostumbró a su nueva rutina. Aunque dormía en la misma celda y continuaba siendo despertado a horas intempestivas para las caminatas nocturnas y debía seguir memorizando los textos y los números, ahora gozaba de ciertos privilegios al corresponderle limpiar el patio trasero y la biblioteca de la casa, situada en la planta baja. Pero lo mejor era que durante estas labores por fin podía estar solo durante unos instantes. Por primera vez no se sentía tan vigilado y volvía a pensar en las razones que lo llevaron a ingresar a la secta. Ya había pasado más tiempo del previsto para el retiro pero a nadie parecía importarle. Algunos aspirantes habían sido expulsados y el resto se aferraba a las pruebas para permanecer con el grupo.

Una mañana en que se encontraba limpiando una habitación del primer piso se atrevió a abrir una de las gavetas de un enorme escritorio de madera y encontró varios celulares viejos. Los probó hasta que dio con uno que tenía algo de batería disponible. De inmediato marcó el número de Da Silva. Pudo escuchar nítidamente la voz del jefe de redacción, pero éste parecía no oírlo y colgó. Volvió a llamarlo, pero sólo obtuvo como respuesta la contestadora automática. “¡Carajo!”, murmuró y recordó que Da Silva y la mayoría de los reporteros nunca llegaban antes de las nueve al periódico. Llamó a la redacción, donde la telefonista tardó siglos en ponerle con el pasante Gutiérrez.

—¿Méndez?, pero... ¿Dónde te habías metido? Yo pensaba que todavía estabas de vacaciones.

—¿Qué vacaciones? ¿No te acuerdas de que estoy investigando a la secta? —suspiró Julián contrariado—.

Seguidamente, le preguntó por sus compañeros de trabajo y el muchacho lo puso al tanto de algunas novedades en la redacción: Valladares había sufrido un infarto y se había retirado definitivamente del periódico; Lugo cubría ahora la

fuente política. Bajando la voz, Julián lo apremió:

–Dime qué has averiguado de la secta.

–Muchas cosas, pero no sé si te servirán de algo.

–Explícate, no tengo mucho tiempo y no quiero que aquí sepan que me puedo comunicar con el mundo exterior.

–No me extraña. Esa gente parece peligrosa. El líder de la secta, ese tal Gabriel, es un tipo de cuidado... tiene unas cuantas averiguaciones en la policía, pero no se le ha podido probar nada.

Julián sintió una pequeña desilusión al conocer las faltas de Gabriel, que Gutiérrez comenzó a enumerar sin misericordia: le dijo que el maestro no había sido marino, sino caletero en un puerto y había tenido las más disímiles profesiones: vendedor ambulante, visitador médico, hasta había sido administrador de un burdel.

–El hombre tiene un expediente por estafas menores: paquete chileno, venta falsa de acciones en clubes... una vez estuvo en la cárcel un par de días por seducción de una menor, pero la denuncia fue retirada por los representantes de la niña.

Cuando Gutiérrez le estaba hablando de su fama de santón y su poder para sugestionar a sus seguidores y le ponía al corriente de los últimos acontecimientos ocurridos en el periódico, el reportero escuchó unos pasos en el corredor contiguo y cortó la comunicación sin despedirse. Rápidamente ocultó el aparato en una de las gavetas del escritorio y empuñó de nuevo la escoba. Entonces, una visión inesperada sacudió sus sentidos. En el marco de la puerta se encontraba una mujer de largos cabellos rubios, envuelta en una ajustada túnica de seda blanca que marcaba sus pezones y acentuaba sus caderas. Muy a su pesar, Julián sintió el principio de una erección al contemplar la magnífica estampa. La mujer preguntó sonriendo:

–¿A quién tenemos aquí?

En la redacción del diario, Gutiérrez se quedó pensativo unos instantes con la bocina en la mano, asombrado por la abrupta interrupción de la conversación con Julián. Aunque no era muy comunicativo y prefería la compañía de las computadoras, los videojuegos y los reproductores digitales a la de sus futuros colegas, ese mediodía se acercó tímidamente al Mesón de Paco y se dispuso a comer en la barra, acompañado por sus inseparables audífonos. Era día de pago y el lugar estaba atestado. Dos de los mesoneros habían faltado, para desesperación del propietario de la tasca, quien se acercaba en persona, como en

los viejos tiempos, a atender algunas mesas.

Gutiérrez observó de lejos con algo de envidia el alegre grupo de reporteros que intercambiaba chistes y anécdotas. Muchas cosas habían cambiado en el periódico en el último mes. Luego del infarto de Valladares, su columna de opinión había sido sustituida por la de un joven periodista que escribía con pasión sobre negocios digitales y alta tecnología. Por otro lado, Da Silva, luego de su matrimonio con la hija de Febres, parecía tener más poder que nunca. Viajaba a menudo a destinos exóticos y lejanos, entraba y salía de la redacción a horas intempestivas, parecía lleno de una euforia y felicidad mayores a la de cualquier recién casado. A Gutiérrez le hubiera encantado formar parte del grupo que observaba, pero se sentía rechazado por ellos. No sabía contar chistes picantes que arrancaran carcajadas ni exhibía la seguridad en sí mismo de la mayoría de los reporteros. Además, sentía que no confiaban en él; de no ser así, ¿Por qué le habría dicho Da Silva que Julián estaba de vacaciones? Gutiérrez deseó con todas sus fuerzas hacer algo que llamara la atención de sus colegas, contribuir con un reportaje importante, ser reconocido y apreciado.

Una fuerte palmada en el hombro cortó las reflexiones del pasante. Era Lugo, quien ante la demora de los mesoneros, se había acercado a la barra a pedir otra cerveza, con la confianza de un cliente habitual. El joven pensó que ese era el momento de demostrar que él también podía aportar algo importante. Se separó de los audífonos y se atrevió a comentarle su reciente conversación con Julián y su intención de ayudarlo cuando lo volviera a llamar. Lugo, aún con varias cervezas encima, se despabiló lo suficiente para pedirle que lo mantuviera al tanto de todo y se quedó pensativo unos minutos antes de volver a la ruidosa mesa de sus colegas.

En la finca, la mujer parecía disfrutar del efecto que su presencia había causado en Julián, quien tardó en responderle y presentarse con su nombre falso. Ella se había acercado con seguridad hacia él y le extendió la mano derecha, murmurando un nombre marino, sonoro y muy diferente a los de los otros fieles: Alequa.

Por primera vez en años, desde que era un adolescente allá en su pueblo, el reportero se sintió un tanto inseguro en la presencia de una mujer. Alequa exhibía una belleza ruda, impúdica y sensual. Parecía tener algo más de treinta años, no usaba maquillaje, el igual que las otras mujeres de la secta, pero a diferencia de aquellas, sus largos cabellos rubios estaban cuidadosamente peinados y sus manos mostraban una manicura reciente. Movía su cuerpo con

lentitud y desfachatez; sus proporciones y su andar oscilante parecían no caber en la túnica de seda. La mujer lo felicitó por haber pasado de las letrinas a la casa grande.

–Es un gran paso –dijo–, ahora estás entre los preferidos del maestro.

Julián estaba a punto de preguntarle sobre su rol en la secta y si ella era una de las elegidas, cuando escuchó voces y pasos. Pariel y otro de los fieles asomaron brevemente sus cabezas por la puerta del salón y luego de saludar a la mujer, ordenaron al reportero que limpiara el patio. Alequa se despidió asegurándole que pronto se volverían a ver y se fue antes de que él pudiera responderle. Al salir de la estancia, Julián no pudo encontrar rastros de la mujer que lo había impresionado en ese fugaz encuentro.

El día transcurrió con la rutina acostumbrada; sin embargo, al periodista le era difícil mantener la concentración. Se preguntaba quién era Alequa y por qué parecía moverse con tanta libertad por la casa grande. “¿Será la mujer del líder?” Sobre todo, le inquietaba saber si habría escuchado su breve conversación con Gutiérrez.

Esa noche, luego de los exámenes, Gabriel tomó la palabra y les advirtió que debían prepararse para hacerle frente a las tentaciones y amenazas del mundo exterior. A pesar del cansancio que sentía habitualmente a esa hora, la charla del maestro, esta vez con un contenido algo diferente a las anteriores, logró captar la atención del reportero. Al principio de la reunión había estado distraído, todavía pensando en Alequa y deseando secretamente su aparición entre la concurrencia.

Ahora la voz profunda de Gabriel retumbaba en la estancia con un tono apocalíptico:

–Sólo yo estoy en posesión de una verdad que es única y exacta. No puedo admitir la más mínima duda de tu parte –apuntó con el índice derecho a los novicios.

Por primera vez bajó lo ojos, lucía cansado y se recostó por unos minutos en su trono de madera. Parecía que estuviera hablando consigo mismo.

–Ustedes no saben lo que es ser parte de un poder misterioso, ser empujado por la fuerza divina y luchar solo contra el mundo.

Todos los presentes estaban paralizados. El silencio de la sala parecía acentuar el ligero sonido del crepitar de las llamas de las nueve antorchas que rodeaban el recinto. Gabriel levantó la vista hacia el techo y gritó:

–¡Afuera hay un mundo sucio, lleno de enemigos que deben ser eliminados!

Se levantó y se dirigió nuevamente a la audiencia.

–Pero aquí también hay traidores, seres débiles y repulsivos que se cuelan entre ustedes y quieren desafiarme.

Los novicios y los fieles se revolviéron incómodos. Algunos negaron con la cabeza y en voz alta.

–Vamos a descubrirlos y aplastarlos –concluyó el líder, ahora con una sonrisa.

Todos, incluyendo a Julián, asintieron.

Más tarde, en el camino hacia sus celdas, el reportero creyó adivinar en la mirada de Toledo un chispazo de desconfianza. Por primera vez fue el novicio quien inició una conversación.

–¿Quién – o – quiénes – serán – los – traidores?

–No tengo idea –respondió desconcertado Julián, desviando la mirada hacia el piso de tierra.

Esa noche el cielo estaba oscuro; parecía que las nubes se empeñaran en ocultar la luna y las estrellas. Antes de que Toledo insistiera con el incómodo tema, el periodista aprovechó para preguntarle por Alequa y no se sorprendió de su respuesta:

–Es – la – médium, – la – mujer – que – encarna – los – designios – divinos –dijo, sin añadir más explicaciones y se despidió con un gesto.

Ya dentro de su celda, Julián se durmió inmediatamente. En sus sueños húmedos se introdujo el andar sensual de Alequa. Por primera vez el hombre de la sogá que lo perseguía en sus pesadillas tenía un rostro, el de una mujer. Mientras corría, anhelaba voltearse y hacerle frente. Escuchó gritos desgarradores y detuvo su carrera con el corazón latiendo en sus sienes. El cielo había pasado de un tono naranja al rojo sangre y luego al violeta hasta oscurecerse completamente. No veía donde pisaba, parecía que estuviera flotando en una noche infinita. Despertó sudando. Los gritos eran reales y probablemente provenían de una celda cercana. Le pareció distinguir voces conocidas. La mujer suplicaba que no se la llevaran, pero poco a poco los gritos se fueron distanciando y se impuso el silencio. Esa noche no hubo caminata nocturna.

Al día siguiente, de nuevo en la biblioteca y luego de comprobar que nadie se acercara por los pasillos, Julián tomó el celular de la mesa de caoba y llamó al periódico, preguntando por Gutiérrez. Justo cuando la recepcionista acababa de conectarle con el joven, la llamada se cortó. El reportero lo volvió a intentar, esta vez con más suerte.

–Te tengo noticias –anunció el pasante–: ya identificaron el cadáver del hombre carbonizado. Es un médico: el doctor Nicomedes Ruiz.

Los latidos en las sienes de Julián se incrementaron y sintió su garganta seca al escuchar el nombre. “¡El doctor Ruiz!, ¡Mi siquiatra!”, pensó, antes de que la comunicación se interrumpiera de nuevo.

## Capítulo VI:

### Pecado

Julián trató de comunicarse nuevamente con el periódico sin resultados. El celular de la biblioteca parecía haber agotado toda su batería. En la tarde, durante las sesiones de estudio de los textos sagrados, también intentó obtener más detalles sobre la inquietante médium, pero se había instalado en el grupo un clima de desconfianza y sospecha nada propicio para averiguaciones.

Esa noche, luego de las interminables sesiones de exámenes, Gabriel tenía reservada una sorpresa para los novicios. A una orden suya, los fieles apagaron todas las antorchas dentro del domo. Afuera, un viento de lluvia golpeaba los postigos y el techo y de vez en cuando, un relámpago se dejaba colar por las hendiduras de la única puerta. A diferencia de las sesiones anteriores, en esta ocasión hacía frío. De pronto, una voz extraña, gutural y familiar a la vez, para Julián, retumbó en el centro del salón, apoderándose de la oscuridad:

–Ayeidousan, maamlei, cammoor... –el canto salía de la voz como un grito lastimero–, ayeidousan, maamlei, cammoor...

Novicios y fieles se revolvieron inquietos, algunos murmuraron algo sobre una médium y sólo entonces el reportero reconoció la voz de Alequa. La mujer continuó repitiendo la misma estrofa cinco veces seguidas y calló. Por unos segundos sólo se escucharon los truenos y la lluvia afuera, como ecos de un mundo distante.

Luego continuaría recitando una serie de palabras ininteligibles, que a Julián le parecían similares a los nombres sagrados y a los números que tanto le habían fascinado últimamente. Pero entre números y nombres, pudo escuchar una serie de frases más coherentes, cuyo significado ignoraba:

–Un carro fúnebre se mueve en las sombras... una estrella, la estrella que nos guía cae a la tierra y se hace pedazos, y surge otra estrella, que sube veloz y esparce su luz en las tinieblas; los falsos ídolos se derrumban; tiranía, lujuria y codicia se dan la mano y conspiran contra los muertos en vida. Sube la marea, se desencadenan incontrollables los vientos, un huracán arrasa con la tierra, enemigos poderosos nos acechan... la estrella que nos guía cae a la tierra y se

hace pedazos y surge otra estrella que esparce su luz en las tinieblas...

Luego de un prolongado silencio, la sesión terminó con una palmada que Julián supuso era de Gabriel y la voz inconfundible del líder:

–Ya lo escucharon, hay que prepararse... el enemigo acecha, ¡pero nosotros venceremos!

El recinto comenzó a ser iluminado por las antorchas de los fieles. El líder estaba recostado en su sillón con un aire ausente y contrariado. El reportero buscó a la médium, pero no había rastros de la mujer por ningún rincón de la sala y la sesión terminó con los cantos de siempre.

Afuera seguía lloviendo cuando salieron hacia las letrinas. Los astros estaban escondidos tras el cielo nublado y era difícil orientarse en la oscuridad. Julián caminó entre los charcos y el barro, distraído por el pensamiento que lo llevaba hacia su antiguo médico. El doctor Ruiz era parte de un pasado que evitaba recordar, una etapa sombría que creía haber superado desde hacía mucho tiempo, precisamente con la ayuda del siquiátra. En aquella época de sus veinte años, que ahora le parecía remota, sus continuas pesadillas le impedían concentrarse en su trabajo y estudios. Apenas lograba dormir en las últimas horas de la mañana, despertando sobresaltado para llegar tarde a su turno de lavaplatos en una cadena de comida rápida; en otras ocasiones, se quedaba dormido en la clase de periodismo impreso, provocando las burlas de sus compañeros de estudio. Las pesadillas se habían reducido significativamente gracias a las sesiones con el terapeuta. Ruiz no era todavía el médico famoso, favorito de políticos y celebridades en el que se había convertido en los últimos tiempos. Era más bien –según recordaba Julián–, un hombre tranquilo y sabio, que amaba su profesión y se dedicaba de lleno a sus pacientes; eso sí, dueño de una ambición que no se molestaba en ocultar.

–Mi trabajo vale y algún día voy a tener gracias a él las comodidades a las que aspiro –le confesó un día el galeno.

–¿Quiere ser rico? –le preguntó Julián.

–Con esta profesión nadie se hace rico, pero se pueden obtener muchos contactos y conocer a gente muy influyente. Yo pienso disfrutar en esta vida todo lo que pueda, mi joven amigo, porque luego no hay otra –concluía sonreído el galeno.

El reportero había tenido algunas conversaciones con el doctor Ruiz que transcendían lo terapéutico y rayaban en lo filosófico. Aunque no siempre coincidían, tenía la satisfacción de haber discutido con él los temas que nunca

pudo hablar con su padre ausente. El sentido de la vida y la muerte; la verdad y la mentira; lo definitivo y lo fugaz en las amistades y en el amor; el bien y el mal. Con su sentido práctico, Ruiz desbarataba las teorías idealistas de Julián, pero todo lo hacía con una sonrisa amable, de veterano curtido por la vida. “Todo es relativo, la vida es a veces un azar inexplicable y deberías aprender a aceptarlo”, le respondía, cuando él se quejaba de algo que consideraba injusto.

Por momentos, al reportero le parecía que debía ser una extraña coincidencia el nombre de su médico y la identidad del carbonizado. “¿Cómo podría alguien tan ateo y práctico como Ruiz haberse involucrado con una secta religiosa?”. No lograba imaginarlo siguiendo los ritos y las prácticas austeras que se llevaban a cabo en la finca.

Julián entró en su celda cabizbajo, se sentía cansado, sus ropas aún estaban húmedas y el frío le calaba los huesos; le era difícil dormir pensando que quizás lo más prudente sería abandonar la finca. Pero... ¿Cómo? Por otra parte, aún no tenía noticias de Aponte y no había logrado ningún indicio importante que le permitiera desenredar el tablero de acertijos en el que se estaba convirtiendo el Círculo de Gabriel. Se propuso hacer todo lo posible para comunicarse nuevamente con Gutiérrez.

Horas más tarde, escuchó cuando se abrían las puertas de las celdas vecinas para la caminata nocturna. Extrañado, notó que la suya permanecía cerrada. Tampoco había sido despertado por los familiares latidos desde el altavoz colocado en lo alto de su habitación. Sintió a sus compañeros alejarse y sin dar más pensamientos al asunto, durmió por unas horas hasta la madrugada, cuando fue despertado por los cantos de los novicios que regresaban de la marcha. Comprobó que su celda ahora sí estaba abierta y se les unió en las letrinas, donde observó con inquietud que el resto de los novicios le miraba con desconfianza. Nadie le dirigió la palabra.

Esa mañana, el sol apenas se dejó ver entre las nubes y en el aire se respiraba humedad, pero había dejado de llover. Al dirigirse a retomar sus labores en la casa grande se le acercó Pariel, quien le informó sin preámbulos que tendría nuevas responsabilidades: sería uno de los vigilantes de la casa grande. Julián supuso que al fin sus planes para ganarse la confianza del líder estaban dando resultados. Aunque no llevaría armas, ahora tenía una radio portátil y un viejo reloj de cuerda y podría deambular por algunas áreas que hasta entonces le habían estado vedadas, debía reportarse cada hora con uno de los fieles y tendría mucha más libertad y consideraciones que antes. Esta era, sin duda, su

oportunidad para conseguir comunicarse nuevamente con el mundo exterior.

En el diario, Gutiérrez se preguntaba por qué era tan difícil tener una conversación completa con Julián Méndez. Le extrañaba una interferencia que escuchaba cada vez que hablaba con el reportero. Por un momento, cruzó por su mente la posibilidad de que sus llamadas estuvieran siendo escuchadas. Pero desechó la idea al recordar que su madre le aconsejaba siempre que pusiera freno a su inquieta imaginación. Había llegado a sentir que se encontraba inmerso dentro de un complot, similar a los que lo entretenían por horas en la consola de video que tenía en su cuarto y en los que adoptaba el juego de rol que le parecía más audaz, heroico y descabellado; justamente todo lo que él no era en su vida real.

–Hijo, por eso es que no tienes novia y amigos, te la pasas encerrado en ese cuarto jugando con ese aparato– le decía su madre.

–Déjame tranquilo– contestaba él con un portazo, encerrándose en su mundo. En la universidad y en la redacción las cosas no eran fáciles para él, no sabía acercarse a las muchachas y distaba mucho de ser popular, pero tan pronto estaba cerca de los juegos en los que gastaba la mayor parte de su escaso sueldo o de cualquier otro aparato electrónico, se sentía feliz y completo.

La identidad del carbonizado de la secta había causado algún asombro en el diario. El caso ya se consideraba noticia de segundo día, pero nuevamente había movido cierto interés en la opinión pública. Por otra parte, los deudos del doctor Ruiz residían desde hacía muchos años en el exterior y nadie había reclamado el cuerpo, por lo que luego de que algunos familiares de otros desaparecidos declararan nuevamente, era posible que la novedad pasase a un segundo plano, enterrada tras la avalancha de sucesos que sacudían al país últimamente: secuestros, homicidios, elecciones, protestas y huelgas. Quizás por eso, porque no lo consideraba importante, Da Silva no le había asignado la noticia de la identidad del médico a ninguno de los veteranos, sino que le había encargado a él, el más nuevo de los pasantes, –a través de su secretaria–, que escribiera una breve nota.

Pero Gutiérrez no se amilanó. Visitó la morgue y habló con los forenses y policías asignados al caso. Estos últimos le confirmaron que en el consultorio del médico habían desaparecido sus archivos. Regresó a la redacción con una idea fija y consultó Internet, esperando encontrar una pista que lo acercara a alguna relación entre el ingeniero desaparecido y el médico asesinado. Su intuición no le falló. Luego de navegar por la red durante un par de horas,

consiguió en una página web una foto de un homenaje rendido al doctor Ruiz por amigos y pacientes, hacía unos siete años. En un extremo de la imagen, mucho más joven que en sus últimas fotos, posaba Ramón Aponte, acompañado por una dama que podía ser su esposa. ¿Y si Aponte hubiera sido paciente de Ruiz? Esa podía ser la conexión que nadie había visto; sólo él, un humilde pasante ignorado por todos, podía estar cerca de una pista. Se levantó de la silla de un salto y corrió entusiasmado hacia la impresora. Tomó la foto y regresó a la sala de redacción, donde divisó a Lugo y se dispuso a participarle la novedad. El reportero caminaba entre los escritorios, muy eufórico, invitando a sus compañeros a reunirse con él esa noche en El Mesón de Paco para celebrar su cumpleaños. Cuando pasó al lado de Gutiérrez lo ignoró, sin siquiera responder a su saludo. El pasante resintió la indiferencia con la que Lugo y los otros reporteros lo trataban y pensó que no iba a brindarle en bandeja de plata esa oportunidad de lucirse a un veterano arrogante. Él mismo le entregaría la evidencia a Da Silva, así como un resumen completo de sus conversaciones con Julián. Pidió una cita con el jefe de redacción y Malena, la secretaria, le indicó que esperara su turno porque el jefe tenía demasiados compromisos; quizás la próxima semana pudiera concederle unos minutos. Gutiérrez, envalentonado por la certeza de tener un as bajo la manga, le dijo que era algo muy importante para el periódico. Ella lo miró con gesto de incredulidad, pero le respondió que al día siguiente Da Silva debía llegar muy temprano, porque se iría de viaje hacia el mediodía. Si estaba dispuesto a madrugar, abriría un espacio en la apretada agenda del jefe.

Al finalizar la tarde, Julián ya estaba familiarizado con sus nuevos deberes. Caminó por la casa descubriendo nuevos y solitarios salones, atravesó patios que no sabía que existían, pero a pesar de su nuevo rango, aún había rincones que le estaban vedados. Así se lo hicieron saber los fieles que custodiaban un par de puertas de madera que al abrirse por unos segundos, le revelaron un espacio cercado por altos muros de piedra. El reportero no se inmutó, pero al recorrer la biblioteca, lamentó no encontrar el celular por el que había hablado anteriormente. Al momento de reunirse con los demás en el domo, notó por primera vez la ausencia de Alida, la mujer madura que siempre peleaba con su pareja. Relacionó con ella los gritos que había escuchado hacía unas noches desde su celda. Antes de comenzar los exámenes pudo confirmar con Toledo que se trataba de la mujer.

—¿Qué pasó?, ¿Por qué Alida no está aquí?

–Si –no – lo – sabes – tú, – que – ahora – eres – de – los – favoritos – del – maestro... – fue – castigada –respondió secamente el novicio, quien era el único que todavía parecía atenerse a la regla de no sobrepasar las veinte palabras en cada frase.

–No sé nada, por eso te pregunto –susurró enojado Julián, detectando en el hombre un tono de envidia que también parecía manifestarse en los otros novicios desde que había sido asignado a la casa grande.

Toledo le explicó a regañadientes que Gabriel había reunido a todos los novicios con pareja y les había dicho que sólo él tenía la facultad de decidir con quién debía relacionarse sentimentalmente cada uno de ellos, más allá de matrimonios, noviazgos o cualquier otro vínculo que hubieran establecido en el mundo exterior. Alida se había mostrado renuente a obedecer al líder y estaba sufriendo un duro castigo.

–¿Dónde se encuentra? –preguntó el reportero, tratando de aparentar indiferencia.

–En – las – celdas – de – la – penitencia, – con – los – otros – castigados – respondió Toledo, señalando hacia una construcción anexa a la casa grande, de altos muros de piedra, hacia el lado donde los guardias habían impedido el paso de Julián.

Una corazonada le indicó al reportero que allí también podía estar Aponte. “Necesito conseguir evidencias de los maltratos de esta gente, para que la policía pueda intervenir”, se dijo, pero dudó por unos momentos. Si la secta se disolvía, nunca podría saber si él era uno de los elegidos y si había un nombre secreto, escondido entre números y cantos misteriosos, que le estaba destinado desde hacía siglos, una identidad que lo protegería del mal, borraría su pasado y limpiaría para siempre su destino. Sorprendido con esos devaneos de su mente, desechó este último pensamiento, repitiéndose: “Tengo que dominar mis impulsos y concentrarme en lo que me trajo aquí”.

A la mañana siguiente, todavía con los cantos de los nombres sagrados resonando en sus oídos, revisó cuidadosamente las gavetas de la biblioteca buscando algún celular. Se sintió frustrado al encontrarlas vacías y tuvo que continuar su ronda. En uno de los nuevos salones que le tocaba vigilar, descubrió un gran espejo parcialmente cubierto por una manta negra; era el primero que contemplaba en muchos días, tenía entendido que estaban prohibidos por la secta. Apartó la manta y se asombró ante la imagen que le devolvió la pulida superficie. Era la viva estampa de un hombre envejecido y triste, con una barba

descuidada y unas ojeras oscuras, como si llevara un antifaz negro. En los ojos que lo contemplaban se adivinaba un brillo febril, que el reportero había visto otras veces en mendigos harapientos y en hombres aniquilados por el vicio y la desesperanza. Se sorprendió al descubrir que otra imagen entraba en el cuadro del espejo. Julián se volteó y Alequa se le acercó insinuante.

–Estás más delgado, ¿verdad? –preguntó.

Julián se miró nuevamente y comprobó que la observación de la mujer era cierta, aunque eso no atenuaba su faz demacrada y le dio la espalda al espejo para concentrarse en ella. Alequa se le había acercado y lo tomaba de ambas manos. El contacto con su piel suave, le hizo temblar involuntariamente. Hacía tanto tiempo que no tocaba a una mujer.

–Has trabajado mucho y te mereces un descanso –dijo ella, al tiempo que lo abrazaba.

Julián sintió el roce de sus pezones contra su pecho y no quiso reprimir más su deseo. Se besaron con pasión, como si hubieran estado esperando ese momento desde que se vieron por primera vez y ella se desprendió con rapidez de su atuendo de seda. Tal como el reportero había soñado, no llevaba ropa interior y se mostraba impúdica y espléndida, seguramente orgullosa de su magnífico cuerpo. Él también se deshizo de su bata de novicio y cayeron en un sofá oscuro que dominaba la sala. Con un movimiento felino, Alequa se situó sobre él, como una amazona diestra. El reportero se dejó cabalgar en un éxtasis que le llevó hacia una muerte lenta de la cual no quería despertar. Luego de los primeros minutos, sintió que la atmósfera de la sala donde se encontraban desaparecía para dar paso al cielo naranja, violeta y azul de sus pesadillas. Ahora la mujer sobre él sonreía con una expresión maligna que alguna vez había observado en su infancia, cuando era perseguido y huía aterrorizado del cuarto de las herramientas de su padre. Por momentos, ella era el hombre de la soga que lo acechaba en sus pesadillas; su boca se transformaba en las fauces de un dragón rugiente; sus pechos parecían lanzas de fuego. Cuando cerraba los ojos, las imágenes de los nombres y los números sagrados llenaban su mente; entonces, los abría para reencontrarse con Alequa, la mujer de cuerpo perfecto, que ahora, electrizada de placer, repetía la extraña canción de la noche de sus profecías: “Ayeidousan, maamlei, cammor, la estrella que nos guía cae a la tierra y se hace pedazos y surge otra estrella que esparce su luz en las tinieblas...”.

Más tarde, mientras se vestían, Julián consultó el reloj en su muñeca. Alequa le dijo que no se preocupara, mientras estuviera con ella, no tendría problemas,

porque podía moverse con total libertad por toda la casa. Se despidieron con un largo beso y antes de salir de la estancia, le susurró que él era muy diferente a todos los demás hombres que había conocido en su vida.

–Tú eres especial... eres único... –repitió.

–¿Qué tengo de especial? –preguntó él con una sonrisa.

–Ningún novicio ha sido ascendido tan rápido como tú. Tienes un futuro muy brillante, lo sé –respondió, antes de desaparecer entre los pasillos de la casa.

Muy temprano, antes de las siete, Gutiérrez se presentó en la antesala de la oficina de Da Silva. La secretaria lo recibió de malhumor y con cara de haber pasado una mala noche. El joven no pudo dejar de notar sus profundas ojeras, e incluso, creyó percibir un tufo alcohólico. “Seguro que estuvo anoche en el cumpleaños de Lugo en El Mesón de Paco”, pensó con amargura, al recordar que no había sido invitado a la celebración. Malena le advirtió que no se hiciera muchas ilusiones, porque el jefe estaba reunido con Febres, su suegro y dueño del periódico. Con un suspiro, el pasante se dejó caer en una de las sillas de la amplia antesala.

La mujer transitaba por un pasillo con paredes de cristal que conducía hacia los baños por un lado y por el otro, a la lujosa oficina de su supervisor. Gutiérrez nunca había entrado allí, pero en la época de las novedosas remodelaciones organizadas por el jefe de redacción, llegó a contemplar el amplio territorio del que disponía la oficina, que había provocado las quejas de los reporteros de la sala contigua, por haberles arrebatado parte de su terreno para satisfacer los caprichos de Da Silva. Si acaso, Lugo había sido el único de los periodistas al que parecía no haberle importado la idea. El pasillo que ahora recorría la secretaria estaba protegido por una puerta, también de cristal, que al abrirse dejaba colar un intercambio de frases airadas entre el jefe de redacción y otro hombre. Malena acababa de regresar a su escritorio cuando se colocó las manos sobre el estómago y corrió hacia el baño, al parecer, conteniendo la urgencia por vomitar. La puerta de cristal quedó medio abierta y Gutiérrez notó que la conversación llegaba a los gritos. Da Silva y Febres discutían sobre unos terrenos donde se iba a construir un gran centro de comunicaciones. El jefe de redacción argumentaba que hoy en día había que utilizar los recursos más modernos para obtener información clave, a lo que su suegro replicaba que a él los métodos antiguos siempre le habían funcionado y no necesitaba poner en riesgo su fortuna con una inversión tan grande.

–El maestro me está presionando –gritó Da Silva, al tiempo que se escuchaba

un puñetazo en la mesa– y tenemos que cumplirle.

–¿O si no...?

–Nos destruirá como ha hecho con los otros, ¿entiendes?

De la boca del viejo Febres salieron una serie de improperios antes de reanudar el diálogo. El joven no comprendía los detalles de la conversación, pero cuando Da Silva aludió con euforia a una escala mayor de información a la de los chismes sacados a unos pobres diablos con cantos y sugerencias místicas, se preguntó: “¿Tendrá esto que ver con la secta?”. Con una mezcla de fascinación y terror, el pasante escuchó a los hombres discutir los planes delineados por un maestro muy poderoso que prometía terribles castigos a quienes le fallaran o entorpecieran sus proyectos. “Así que de eso se trata”, pensó, “el tráfico de información a la más alta escala...” Su boca estaba seca y su corazón latía con más fuerza; sintió que estaba en peligro. Sin pensarlo, salió corriendo de la oficina y abandonó el edificio. Quería borrar lo que había escuchado y que se lo tragara la tierra. En su cabeza comenzaba a armar el posible entramado de lo que estaba ocurriendo. Aterrado, se dirigió velozmente a su casa. Su madre ya había salido para su trabajo y se encontró solo en el apartamento, sin saber qué hacer o a quién acudir. Se acordó de Julián, que parecía ser el único que lo tomaba en serio y pensó que el reportero estaba en verdadero peligro. Temblaba, sentado en su cama y por primera vez desde que había comenzado la investigación, sintió que era sólo un muchacho de diecinueve años, muy lejos de los superhéroes de sus videojuegos, abrumado por una información demasiado grande para él.

Cuando Malena regresó a su oficina se sorprendió al no encontrar al pasante. Se dio cuenta de que había dejado la puerta abierta y la cerró con brusquedad. No era conveniente que alguien escuchara lo que pasaba allá adentro. Aunque fuera su amante, Da Silva no le perdonaría que sus secretos quedaran al descubierto.

Esa misma noche, cuando pudo pensar en la soledad de su celda, Julián tuvo conciencia de que estaba jugando con fuego. La relación con Alequa era ahora otro de los muchos secretos que llevaba sobre sus espaldas. Un nuevo enigma y una carga, a la vez. Pero también supo que no tendría fuerzas para oponerse a ella.

Los encuentros se sucedieron casi todos los días. La mayoría de las veces, se encontraban en el salón del espejo, a media mañana. En otras ocasiones, ella lo sorprendía a primera hora de la tarde y lo llevaba a una nueva sala, de las muchas que había en la planta baja de la casa grande. Una mañana, él le

preguntó si Gabriel sabía de sus encuentros fugaces y ella respondió con naturalidad que no le había dicho nada, pero no le extrañaría que lo supiera, porque “Gabriel lo sabe todo”.

–¿Eres la mujer del maestro? –inquirió ahora el reportero con gesto contrariado.

–No le pertenezco a nadie, pero tengo una deuda con nuestro líder y jamás lo traicionaría –reveló ella.

Ante la mirada inquisidora de Julián, prosiguió:

–Todos le debemos algo al maestro, ¿no te has dado cuenta? Así es como funciona El Círculo: todos alrededor de Gabriel y él nos maneja como un gran titiritero, –dibujó con la mano derecha una gran esfera en el aire–. Sabe nuestros secretos y nos mueve a su antojo.

Julián se quedó pensativo por unos instantes. Quería preguntarle cómo sabía el maestro los secretos de los novicios. Pero en lugar de formular con palabras esa inquietud, terminó interrogándola sobre el sentido de las extrañas profecías que había declamado la noche de la lluvia interminable. Necesitaba saber el significado de los nombres y el número de los elegidos y, sobre todo, si él podía estar entre ellos.

Alequa le tomó la cara entre las manos y susurró:

–Lo único que te puedo decir es que tu estrella está ascendiendo y la de Gabriel está en bajada, pero no olvides que él es quien tiene el poder en este momento.

Un día después de su conversación con Alequa, el reportero se atrevió a continuar su ronda de vigilancia por los estrechos pasillos que conducían hacia las puertas de madera que había observado en una de sus rondas. Era el momento del cambio de guardia y no había nadie en la entrada. Empujó una de las puertas y entró a un patio estrecho y húmedo, rodeado por muros de piedra. Varias cajas de metal se encontraban esparcidas por toda la superficie. Julián calculó que serían de un metro de ancho por otro de alto, a lo sumo. Cada caja tenía una puerta enrejada como la de una jaula y desde adentro salían olores fétidos de orines y excrementos. Ya se estaba preguntado qué clase de animales estarían reclusos allí, cuando observó una mano humana aferrada a la reja de la puerta de una de las jaulas. Se acercó a la caja y vio a una mujer despeinada y de mirada ausente, cubierta de harapos, que lo contempló sin verlo por unos segundos, antes de esconderse en la oscuridad de la jaula. Era Alida, la mujer que había osado desafiar al maestro. Con el corazón latiendo con fuerza en su

pecho, Julián se fue acercando a cada una de las otras cuatro jaulas, susurrando el nombre de Aponte, hasta que en la última sintió una especie de gruñido gutural por toda respuesta. Se acercó a la puerta, reprimiendo el asco que le causaba el hedor que provenía de su interior y pudo observar a un hombre de larga barba, desnudo y cubierto por sangre y restos de excrementos que lo miraba asustado. No le cupo duda de que se trataba del ingeniero Ramón Aponte.

Indignado y siguiendo un impulso que no pudo reprimir, se acercó a la reja y le dijo:

–No te preocupes, soy un amigo. Voy a sacarte de aquí.

## Capítulo VII

### Penitencia

El encuentro con Aponte había resultado una sorpresa difícil de asimilar para Julián. Se sentía aliviado al comprobar que estaba vivo y que él mismo ya se encontraba más cerca de saber lo que se ocultaba tras la secta; pero, por otra parte, no conseguía dar crédito a todo lo que el ingeniero le había contado. Entendía que el hombre había sido torturado y podía estar sufriendo una crisis emocional.

–Me dio el nombre de Yehubel –fue lo primero que le dijo Aponte–. Me dijo que ese era mi nombre verdadero, el que me había sido otorgado desde el principio de los tiempos.

–Entonces eres uno de los elegidos –susurró el reportero con algo de envidia.

–Eso es lo que te dice Gabriel. Te hipnotiza con su retórica de sacrificio hasta que te lo crees y cuando te vienes a dar cuenta, ya eres uno de ellos y le perteneces.

El hombre se calló por unos instantes. La sombra de una nube pasó veloz sobre el patio. El ambiente estaba impregnado de humedad, sudor y excrementos.

–Y pensar que al principio no me percaté de eso –se aferró a la reja con la mano derecha que mostraba unas uñas largas y oscuras como las pezuñas de una bestia–. Creí que estaba entrando en una iglesia para fundar un mundo nuevo, un mundo más evolucionado y próspero, donde mis hijos pudieran crecer seguros y felices.

Hizo una pausa y acercó su rostro barbudo hacia la reja. Julián volteó hacia la puerta del patio y comprobó que estaba cerrada. De vez en cuando algunos movimientos en las jaulas cercanas cortaban el silencio.

Aponte prosiguió su relato. Luego de superar las primeras pruebas y convertirse en uno de los fieles preferidos del maestro, se había dado cuenta de que algo turbio se escondía detrás de la secta.

–Los autos de lujo, el licor, los viajes... Cuando fui enviado de vuelta al mundo exterior tenía una misión: conseguir datos comprometedores de todos mis

allegados: familiares, jefes, amigos, compañeros de trabajo... Gabriel decía que era con el fin de proteger a la iglesia.

Pero Aponte pronto descubrió que el móvil de la secta era la extorsión. Los fieles daban cuenta al maestro de los “pecados” de la gente que formaba sus entornos. El líder seleccionaba cuidadosamente quiénes debían ser atraídos a la secta y aquellos a los que se les podría chantajear, amenazándolos con divulgar información comprometedoras.

–Hasta me enteré de que Febres, mi jefe, era uno de los testaferros de Gabriel –bajó los ojos hacia el piso de la jaula, dándole la espalda al reportero–. Lo peor es que luego de la desilusión que esto me produjo, quise unirme al juego y también sacar provecho, hacerme poderoso como ellos.

Tras una breve pausa, agregó con amargura:

–Si no podía llegar a un mundo nuevo, quizás podría construirlo, hacerlo a mi medida.

Julián sintió una opresión en el pecho al escuchar el nombre del industrial, el hombre que había comprado la mayoría de las acciones del periódico. “Así que él también forma parte de esto... ¿Y Da Silva?”, se preguntó.

Aponte le explicó que al enterarse de las torturas y la violencia sufrió una nueva desilusión y trató de abandonar la secta. Sus intentos fueron en vano. Gabriel se lo impidió y Febres no quería que sus negocios turbios salieran a la luz pública. Entonces lo apresaron y torturaron.

–No sé por qué no me han asesinado –dijo, como preguntándose a sí mismo–. Después de lo que han hecho de mí, no creo que les sirva para algo.

Julián miró su reloj y calculó que apenas tenía unos minutos para regresar a su ronda y reportarse, tal como debía hacer cada hora. Además, temía que se acercaran los guardias a quienes les correspondía custodiar el patio, pero no pudo reprimir la urgencia de preguntarle por el doctor Ruiz. El hombre se limitó a comentarle que nunca lo había conocido a fondo.

–Sólo sé que parecía muy ambicioso. Cuando recibió su nuevo nombre, el de Artanel, se creyó que estaba a la misma altura del líder, pero el maestro no tolera la competencia.

El reportero se despidió apresuradamente de Aponte, asegurándole que haría todo lo posible por rescatarlo. El ingeniero hizo un movimiento rápido y tomó su brazo izquierdo con una de sus manos, semejantes a garras.

–¿Sabes lo que significa Yehubel, el nombre que me dieron cuando me dijeron que era uno de los elegidos? –sus ojos brillaron al escrutar los del

reportero—. “El servidor de Lucifer” —dijo con voz quebrada—. No es el nombre de un ángel, sino el de un ser maligno.

Julián se desprendió de la mano del hombre, salió del patio y cerró apresuradamente la puerta mientras trataba de comprender sus últimas palabras.

Durante la sesión nocturna con el maestro y en la frugal cena, así como más tarde, en la oscuridad de su celda, lo perseguía un solo pensamiento. Para huir de la finca con Aponte necesitaba ayuda externa. Lo primero que se le ocurrió fue llamar directamente a la policía; a esta idea se le opuso la certeza de que las autoridades no tramitarían el permiso para registrar una propiedad privada debido a una simple llamada telefónica. Lo más sensato era tratar de coordinar la ayuda policial a través de alguien en el periódico. Pero, ¿Quién? Era obvio que Da Silva debía estar tan comprometido como su suegro. Por eso no respondía sus llamadas. Lo que no lograba comprender era la razón de haberlo enviado precisamente a él a investigar a la secta. ¿Pensaría que estando adentro podrían convencerlo de que solo se trataba de un culto exótico e inofensivo? No recordaba los teléfonos de Lugo y de Valladares. De todos modos, ya comenzaba a dudar de todo el mundo. ¿Y si Lugo no le creía o se hubiera plegado a la voluntad de Da Silva? Recordó que estaba muy entusiasmado con las arbitrarias remodelaciones impuestas por el jefe de redacción y en los últimos tiempos parecía bajar la cabeza con demasiada facilidad ante los abusos patronales. En cuanto a Valladares, lo consideraba fuera de combate por el momento, debido a su reciente infarto. Por otro lado, tuvo que reconocer que aún luego de las revelaciones del ingeniero algunas de las palabras de Gabriel, sumadas a su imponente presencia, todavía le parecían auténticas. Inmediatamente desechó ese pensamiento por absurdo. También lo inquietaba la cantidad de información que había intercambiado con Gutiérrez. No le parecía factible que el muchacho formara parte del complot y en ese caso, el pasante podía estar en peligro.

Julián no pudo dormir en toda la noche. Solo con las primeras luces que se colaron por las hendiduras de su celda acudió un pensamiento consolador en su rescate: Alequa. ¿Cómo no se le había ocurrido antes?

Esa tarde, luego de hacer el amor nuevamente en la sala de los espejos, le contó su breve encuentro con Aponte y todo lo que éste le había revelado. Por primera vez, el reportero vio dibujada en el rostro de la mujer una expresión de terror.

—¿Estás loco? Es muy peligroso tratar de salir de aquí sin el consentimiento de Gabriel —argumentó ella, apartándose de sus brazos—. Además, ¿por qué

arriesgarse por ese hombre? El castigo que les espera a quienes traicionen al maestro es terrible.

Julián intentó razonar con ella:

–¿No te das cuenta de que tú también estas presa? Una vez me dijiste que Gabriel controla a todo el mundo, hasta a ti misma. Sabes que no eres libre.

–Conmigo es diferente, tengo muchos privilegios. Tú también podrías tenerlos si sigues los pasos del maestro –contestó ella en tono persuasivo.

–¡Tienes miedo! –la acusó él–. ¿Por qué le tienes tanto terror? ¿Qué secreto tuyo sabe Gabriel?

La mujer bajó los ojos y le dio la espalda. Se sentó en el sofá, sollozando con la cara escondida entre sus manos.

–Él tiene a mis hijos. Si hago algo que lo moleste, no podré verlos más.

Una punzada de celos estremeció a Julián:

–¿Son de Gabriel?

Alequa lo negó repetidas veces y le contó que su marido la había abandonado con dos niños de cinco y tres años. Cuando se quedó sola, el líder era el único que le había tendido una mano, la ayudó a canalizar sus poderes psíquicos y colocó a sus hijos internos en uno de los mejores colegios de la capital. Ella los veía una vez al mes.

Julián se sentó a su lado abrazándola y le prometió que una vez que estuvieran afuera y Aponte atestiguara todo lo que pasaba en la secta, ella recuperaría a sus hijos. Pero la mujer lo negaba entre lágrimas:

–Gabriel es demasiado poderoso. Tiene conexiones donde menos te imaginas. Es mucho más astuto que nosotros.

El reportero le recordó que una vez ella le había dicho que la estrella de Gabriel estaba declinando y otra se encontraba en ascenso. Incluso, lo había pronosticado delante de todos en una sesión donde actuó como oráculo.

Alequa se secó las lágrimas y pareció serenarse.

–Es cierto. Gabriel ha acumulado riquezas en el campo material y en el divino, pero su poder está menguando –volteándose hacia él, le tomó la cara entre las manos–. Tú estás destinado a sucederlo. Pero no sé si tu tiempo ha llegado.

Esta revelación confundió y halagó al reportero. ¿Y si fuera cierto? ¿Y si él estuviera destinado a ser un líder, aún mayor que Gabriel? Después de todo, las cosas le estaban saliendo bien. Había logrado ascender con rapidez dentro de la secta, hasta notaba la envidia de los otros acólitos; gozaba del amor de una

hermosa mujer y finalmente había localizado a Aponte. Es verdad que por momentos se sentía confundido, sobre todo con respecto a los nombres de los elegidos y la duda de si él estaría entre ellos, pero los hechos demostraban que estaba logrando sus objetivos.

Antes de despedirse de Alequa le rogó que al menos pensara en la nueva vida que tendrían juntos si escapaban de la influencia de Gabriel. También le contó el plan que había detallado para que la huida de la finca pasara desapercibida hasta que ellos estuvieran a salvo.

En la sala de redacción todos estaban agitados. El accidente de la noche anterior, a pocos metros de la torre donde estaba ubicado el diario, sorprendió hasta a los reporteros veteranos. Cualquiera otra cosa –como el hampa común, que hacía de las suyas en la ciudad, tanto de día como de noche–, hubiera tenido más lógica que ese absurdo arrollamiento.

–El carro se dio a la fuga –comentó una de las archivistas a Lugo.

–Y parece que nadie vio el número de la placa –respondió el reportero meneando la cabeza–. Imposible identificarlo.

Luego del pánico inicial que lo hizo huir del periódico, Gutiérrez había logrado serenarse y regresar a la redacción, dispuesto a olvidar lo que escuchó en la antesala de la oficina de Da Silva. Lo sentía por Julián, pero era consciente de que todo el asunto de la secta sobrepasaba sus capacidades. Quería alejarse sin despertar sospechas y ponerse a salvo de una organización más siniestra de lo que había intuido cuando comenzó su investigación. Durante todo el día se mantuvo más silencioso que de costumbre, mientras realizaba sus labores. Evitó encontrarse con Malena y llegó a pensar que si se la tropezaba por los pulidos pasillos de la torre, argumentaría que después de todo no era tan importante lo que quería tratar con el jefe de redacción, para justificar su brusca huida de la oficina de la secretaria. Esa noche le tocaba el primer turno de guardia y salió del edificio antes de las diez, sintiéndose más aliviado. Estaba determinado a renunciar a su pasantía, para evitarse complicaciones. Cuando cruzaba la calle, pensando la mejor manera de proponerle a su tutor que lo cambiara a otro periódico, escuchó el acelerado avance de un auto a sus espaldas. Sin pensarlo, corrió hasta el otro extremo de la calle, pero esto no impidió al conductor subirse a la acera hasta aplastar el cuerpo del pasante contra la reja de un edificio. Justo en ese momento, Gutiérrez alcanzó a voltear y la última imagen que captaron sus retinas fue la de un conocido rostro femenino al mando del volante: Malena.

En el próximo encuentro con Julián, Alequa aceptó ayudarlo. El plan del

reportero era audaz, pero simple. Si se ejecutaba en el tiempo exacto que él había calculado, les permitiría traspasar los portones de la finca en menos de media hora. Julián había notado que todas las mañanas se permitía el acceso de una furgoneta blanca, tripulada por dos muchachos que descargaban víveres en el almacén anexo a la cocina. Apenas se tardaban unos diez minutos –quince, a lo sumo– en esta operación. El reportero debía llegar al patio, sacar al ingeniero de su jaula y llevarlo hasta el vehículo. Alequa se encargaría de distraer a los jóvenes, reteniéndolos en el almacén. Una vez allí, Julián los reduciría, amenazándolos con un cuchillo que la mujer tomaría de la cocina. Uno de los muchachos, amarrado y amordazado, sería ocultado en el fondo de la furgoneta, mientras que el otro, persuadido por el arma, se vería obligado a manejar, tal como hacía en su rutina diaria, hacia la salida. Lo único que le preocupaba era que a veces los detenían para revisarlos antes de salir, pero eso dependía del azar y del grado de pereza de los guardias de turno. Estaba dispuesto a correr ese riesgo y aún a luchar con los vigilantes, si fuera el caso.

Julián y Alequa ensayaron todo el procedimiento durante dos días. El reportero probó varias llaves viejas que la mujer le consiguió hasta dar con una que abría el candado de la reja de Aponte. Con la ayuda de su reloj, cronometró el momento del cambio de guardia en la entrada del patio, lo cual les dejaba poco más de cinco minutos para sacar al ingeniero y conducirlo hasta la cocina. La pareja hizo reajustes al plan y calculó sus probabilidades de éxito hasta sentirse satisfechos. La tarde antes de la fuga hicieron el amor con más pasión, como si la posibilidad de alcanzar la libertad o el riesgo de ser descubiertos aumentara su deseo. Julián se perdía en el sudor sublime que emanaba del cuerpo perfecto de la mujer. Todo a su alrededor se convertía en sombras; sólo estaba ella, la incansable amazona que gritaba incoherentes palabras sagradas con cada estremecimiento. Cuando acabaron, Alequa susurró en su oído:

–Tu momento ha llegado, lo sé –y se despidió con un beso.

Por primera vez en meses, el reportero durmió sin soñar o desvelarse ni una sola vez. Despertó sereno con las primeras luces del amanecer y luego de los rezos matinales con los otros novicios se dispuso a realizar su rutina diaria de vigilancia. Solo que esta vez llevaba en el bolsillo la llave que Alequa le había proporcionado. Siguiendo el plan, luego de reportarse con el fiel a cargo de la seguridad ese día, Julián corrió hacia el patio de los castigados. Los guardias acababan de retirarse, tal como había previsto. Abrió el candado de la reja de Aponte sin problemas y sacó al ingeniero, que ahora decía incoherencias y le

costaba ponerse en pie y caminar. Con trabajo, logró que se pusiera una de las túnicas blancas que Alequa le había procurado y luego de cerrar nuevamente la puerta del patio, lo condujo por los angostos pasillos de la casa grande. Aponte se dejaba llevar con mansedumbre, aunque cojeaba de la pierna derecha. Cuando llegaron al patio donde se estacionaba la camioneta blanca, ésta no estaba. Julián sintió un sobresalto y su corazón comenzó a latir con más fuerza. Contrariado, se dirigió hacia la despensa con el propósito de ocultarse hasta que llegara el vehículo. Allí debía estar Alequa. Entraron con sigilo en la oscura habitación y de pronto se encendió un bombillo, mientras la puerta se cerraba a sus espaldas.

–¿Buscaban a alguien? –dijo Gabriel, jugueteando con un cuchillo entre sus manos, rodeado de cuatro de sus guardaespaldas–. Ella no está aquí.

Las palabras se atoraron en la boca de Julián. Sintió seca su garganta al tiempo que se mantenía paralizado, como si estuviera pegado al piso de la estrecha despensa. A su lado, Aponte comenzó a llorar.

Gabriel se dirigió al ingeniero:

–Así que te gusta hablar, Yhubel. No te basta con ser un traidor... también tienes que inventar historias para perjudicar a tu maestro –caminó despacio alrededor de los dos fugitivos, pasando el cuchillo de una mano a la otra.

Julián intentó un movimiento hacia la puerta y uno de los acólitos del maestro lo derribó con un golpe en el estómago que le sacó el aire. También prendieron a Aponte, cuyos sollozos llenaban el espacio.

–¡Córtenle la lengua! –ordenó Gabriel señalando al ingeniero y dirigiéndose al reportero, agregó–: para ti tenemos otro castigo, antes de que cumplas el mismo destino que Artanel.

Aponte se retorció suplicando perdón mientras dos de los hombres del líder se lo llevaban hacia el interior de la casa grande. Julián, sin fuerzas, se dejó arrastrar también por los otros dos acólitos hasta una cabaña de madera, ubicada fuera de la casa. ¿Qué había pasado para que el plan fallara y dónde se encontraba Alequa?, se preguntaba, mientras le colocaban una capucha que le impedía la vista, lo desnudaban y ataban sus muñecas a una viga del techo. Su cuerpo colgaba ahora balanceándose y sentía que sus manos se iban a desprender de sus brazos.

El reportero llevaba mucho tiempo, quizás más de una hora, suspendido del techo, escuchando los latidos de su corazón, mientras los hombres se movían a su lado, apenas murmurando alguna palabra aislada. Julián sudaba, tenía la garganta seca y ya no sentía sus brazos, sus dedos estaban paralizados. Por

momentos, creía que se ahogaría dentro de la capucha. Luego el silencio fue total. No sabía si los hombres todavía estaban allí hasta que reconoció sobre el piso de madera los serenos pasos del maestro, que se detuvieron a su lado. Estaba tan cerca que podía aspirar el aroma de su colonia –una mezcla de sándalo y bosque de pinos– además de sentir su respiración.

Transcurrió un tiempo más en silencio, durante el cual Julián trató inútilmente de serenarse, el olor a madera de la cabaña trajo a su mente escenas de un pasado infeliz en una habitación muy similar a ésta.

Nuevamente, escuchó los pasos y murmullos de los guardias. Estaba a punto de pedirles agua para refrescar su garganta, cuando sintió que la piel de su espalda estallaba con el primer latigazo. Todo su cuerpo se estremeció y le fue imposible reprimir sus gritos. A su lado, sentía la presencia de Gabriel, contando con voz profunda cada latigazo. Luego de un rato, cuando se encontraba más allá del dolor, se desmayó. Al recobrar el sentido mucho después, –quizás horas–, su espalda era una sola llaga ardiente. En sus oídos resonaban los cánticos de los fieles, mezclándose con los latidos de su propio corazón, ¿o era acaso la grabación con la cual levantaban a los novicios todas las noches para la caminata nocturna? Olía a cera de velas y a sudor y le pareció que el maestro ya no estaba allí. Una voz familiar, gutural y profunda cantaba muy cerca de él:

–Ayeidousan, caamlei, cammor... –al tiempo que un coro repetía los números y los nombres sagrados.

Gritó con todas sus fuerzas el nombre de Alequa, pero de su garganta no salía la voz. ¿Le habían cortado a él también la lengua, como al ingeniero? Intentó nuevamente pronunciar el nombre de la médium, pero su boca estaba completamente seca. Entonces se la imaginó –en una visión absurda– vestida como Noelia Aponte. Alequa era un fantasma de dos caras. Una mujer buena y sufrida, por un lado y por el otro, un súcubo, llena de maldad. “¡Penitencia!”, gritaba una voz a su izquierda, “Castigo”, susurraba otra a su derecha. Y él sin poder gritar, veía como en un sueño al hijo de Aponte, pateando con rabia una pelota y anunciando que odiaba a su padre y al parque. Él también odiaba a su padre, por haberlo rechazado, a su madre por no creer en él y llamarlo mentiroso y a su tío, por haberlo atraído hasta aquel cuarto con engaños. “¡Penitencia!, ¡Castigo!”, las dos voces de Alequa parecían turnarse para llamar su atención y todavía no estaba seguro de estar consciente o muerto, entre tantos fantasmas.

Lo despertó el repicar constante de la lluvia sobre el techo de hojalata. Tardó en reconocer que estaba desnudo, acurrucado en una de las jaulas del patio de los

castigados. Sentía como si unas enormes tenazas apretaran su espalda. Se aferró con la mano derecha a la reja de la puerta y ahuecó la otra para tomar un poco de agua. También acercó la cara hacia la reja. Era de noche y estaba demasiado oscuro. El agua le salpicaba el rostro y se mezclaba con sus lágrimas. Estaba sentado sobre excrementos y hojas secas. Se durmió soñando con el hombre de la soga –que ahora sí tenía rostro, el de su tío Francisco– y lo perseguía como en todas las pesadillas que arrastraba desde su infancia.

En la próxima sesión de latigazos la capucha ahogaba sus sollozos. Al volver en sí, luego de un desmayo, escuchó la voz grave y paternal del maestro a su lado:

–¿Sabes por qué estás siendo castigado?

Julián apenas negó con la cabeza.

Después de un largo suspiro, la voz de Gabriel le contestó con un susurro en su oído derecho:

–Necesitas corregirte, purificarte –se movió hacia su lado izquierdo– tienes que confesar por qué estás aquí y lavar tus pecados.

Ante el silencio de Julián, la voz continuó:

–Sólo tú puedes ayudarte. Sólo tú sabes por qué estás siendo castigado –se deslizó hacia su derecha, alejándose–. Piensa en eso.

Julián quiso pedir perdón y decirle que no podía hablar, que quizás le habían cortado la lengua o cosido los labios, o su garganta se había resquebrajado como un cartón podrido, pero le fallaron las fuerzas. Ahora tenía a su lado a Alequa. Lo sabía sin verla, porque el perfume de su piel era inconfundible. Y ella preguntaba con voz burlona, tal como la tarde en que se habían conocido: “¿A quién tenemos aquí?”; otras veces, le gritaba muy cerca: “¡Nunca traicionaré a mi maestro!”. Luego le parecía que sus ojos podían atravesar la capucha que le cubría la cara y lograba verla desnuda, arrodillada con las manos juntas en actitud de oración y una sonrisa de maldad pintada en el rostro.

–¿A quién tenemos aquí?, repetía entre risas.

Otra vez estaba encerrado en la caja de metal, la jaula de las bestias, de los traidores. Por momentos, el sueño lo vencía, pero entonces, el sonido acompañado de unos latidos nuevamente lo desvelaba. Ya no distinguía si era de día o de noche o si los latidos provenían de su propio corazón o eran reproducidos por altavoces a todo volumen. Al adormecerse, acurrucado en posición fetal, le asaltaban pesadillas que lo remitían a la infancia. Corría por una pradera que le recordaba al parque donde había conocido a la secta. Muchas

manos lo acusaban y él se tapaba los oídos, tratando de apagar los gritos de su madre y de su tío Francisco: “¡Traidor!, ¡Mentiroso!”. Julián intentaba mantenerse despierto el mayor tiempo posible para evitar la pesadilla, pero pronto se imponía la fatiga y volvían los sueños acusadores.

## Capítulo VIII

### Redención

Abrió los ojos al escuchar el sonido de la puerta que se abría. El patio estaba a oscuras. Dos fieles lo sacaron de la jaula y lo llevaron arrastrando a las duchas, donde un regaderazo frío lo regresó a la realidad. Le dieron una túnica limpia y lo condujeron hacia el domo; desde allí provenían los familiares cantos de los salmos. Al salir al espacio abierto, Julián se sintió encandilado por unos instantes y pensó en un potente bombillo. Dirigió su cabeza hacia el cielo y comprobó que la luna llena encendía la noche con una luz blanca que parecía penetrar todos los rincones. Casi sintió alivio al entrar en el salón donde prevalecían las penumbras; sólo tres antorchas proyectaban las largas sombras de los discípulos envueltos en sus túnicas blancas. Todos –fieles y novicios– estaban arrodillados formando un círculo y al centro lo esperaba de pie el líder.

Adivinó una mirada de odio en el rostro pulcro y recién afeitado de Gabriel.

–¡Arrepiéntete y confiesa! –gritó el maestro– ¡O morirás aquí mismo!

El reportero no acertaba a pronunciar ninguna palabra. Buscó entre sus compañeros algún gesto de simpatía o al menos de apoyo, pero solo encontró rencor y desprecio en las caras de los fieles y de los novicios.

–¡Muerte al traidor!, –vociferaban.

Allí estaban todos acusándolo: el rostro de cordero manso de Paniel; Isis y Toledo le dirigían improperios; igual hacían Esteban y Muriel; Orlando acompañaba sus gritos con gestos obscenos; César, erguido y sonriente, lo señalaba con el dedo. Era un grupo unido, compacto e implacable que gritaba las verdades que él había estado ocultando por muchos años.

Entonces Julián Méndez lo comprendió todo. Era un traidor y un mentiroso. Cayó de rodillas, allí frente a Gabriel y rodeado de los hermanos, agradecido de poder confesar su culpa, mil veces arrepentido de haberle contado a su maestra en aquella tarde lejana de sus cinco años, todo lo que su tío Francisco le obligaba a hacer en la cabaña de las herramientas, cuando nadie los veía. Si hubiera permanecido fiel a su gente sufriendo en silencio, si tan solo hubiera callado aquellas verdades atroces, su madre nunca lo hubiera llamado mentiroso, su

padre nunca hubiera peleado con ella y los hubiera abandonado, la familia no se hubiera deshecho en pedazos. ¿Las verdades son realmente verdades, aunque una mentira sea más noble? Años después, en las sesiones terapéuticas, Artanel – ¿o el doctor Ruiz?– le había dicho una vez que hizo bien diciendo la verdad a la maestra, esa terrible verdad que destruyó a la familia. ¿Pero no era Artanel también un mentiroso, alguien que renegó de su nombre sagrado, que prefirió dejar de ser uno de los elegidos y traicionar a su maestro?

–¡Perdón, perdón, perdón! –clamó Julián cayendo de rodillas.

Sintió como un corrientazo la mano de Gabriel posada sobre su cabeza. El líder no dijo nada, pero el reportero, al alzar la mirada, pudo adivinar en su rostro toda la compasión y la bondad que el mundo hasta entonces le había negado. Julián lloró, habló en lenguas agradeciendo la presencia de Dios, el Dios de Gabriel –acaso encarnado en él mismo, su más maravilloso ángel–, ese Dios terrible e implacable, que exigía los más crueles sacrificios. Lloró por el perdón concedido y el alivio de su culpa. Se sintió –por primera vez en su vida– ligero, eufórico, transparente, perfecto.

Gabriel lo confortó, colocando ambas manos sobre sus hombros:

–Ya no eres el periodista Julián Méndez, porque has renacido con el nombre de Arzael, “el vengador del maligno”. Ahora sólo debes pasar la prueba final para convertirte en fiel verdadero.

A un gesto del líder, acercaron al centro del círculo a un hombre desnudo, con las manos atadas a su espalda.

–Este es un ser impío que debe ser sacrificado– anunció el maestro.

A través de las sombras, Julián reconoció la cara del ingeniero Aponte en el hombre arrodillado y tembloroso, que abría una boca sin lengua en gesto suplicante. El líder le extendió un cuchillo y le explicó que debería sacrificarlo para probar que merecía el perdón. El reportero se quedó paralizado durante unos instantes.

–¡Si no lo haces, nunca serás uno de los elegidos! –gritó Gabriel.

–¡Sacrificio!, ¡Sacrificio! –los fieles y los novicios cerraban el círculo y sus voces llenaban el espacio.

Los cantos de los salmos hablaban de penitencia. Mientras apretaba el cuchillo en su mano izquierda, dudó sobre lo que debía hacer. Entonces, una voz muy tenue dentro de él, apenas audible entre toda la algarabía, le reveló la respuesta que había estado buscando toda su vida: le dijo que el sacrificio era el dolor necesario para alcanzar la salvación.

*En la pulcra oficina decorada con escaso mobiliario, solo se escucha el zumbido del aire acondicionado y el leve sonido del teclado de una tableta plateada. El hombre inicia el chat sin saludar y los dedos de su mano derecha tamborilean por un momento en la mesa oscura hasta que llega la respuesta.*

*–BUENOS DÍAS, MAESTRO, DÍGAME*

*–QUIERO KE LA COLOCACION DE LA PRIMERA PIEDRA DE LA OBRA SEA MAÑANA EN LA TARDE*

*–EL VIEJO NO PUEDE, XKE MAÑANA ES EL ENTIERRO DE APONTE*

*–Y A MI KE ME IMPORTA ESO!!!!!!*

*–OK, MAESTRO, YO LE DIGO KE NO VAYA*

*–ESPERA... ESO PODRIA SER SOSPECHOSO... DILE KE SE PRESENTE HOY EN LA FUNERARIA, ASI QUEDA BIEN CON TODO EL MUNDO...*

*–ESTA BIEN, MAESTRO*

*–Y QUIERO LA RUMBA DE LA INAUGURACIÓN A TODO DAR, NO ESCATIMES EN GASTOS...*

*–QUIERE KE DURE HASTA LA NOCHE?*

*–HASTA EL DIA SIGUIENTE, SI ES PRECISO!!! ... DESPUES DE TODO LO KE ME COSTÓ KE ESE TRIBUNAL DE MIERDA NOS DIERA LOS TERRENOS PARA EL NUEVO CENTRO DE COMUNICACIONES...*

*–OK, MAESTRO... UN OPENING X TODO LO ALTO...*

*–QUIERO AL ALCALDE, AL GOBERNADOR, A LOS MINISTROS AMIGOS NUESTROS ALLI Y PRENSA Y TV, RUMBA, MUJERES, LICOR... Y CAMARAS Y MICROFONOS GRABANDO X TODOS LOS RINCONES*

*–DE PASO PODEMOS CONSEGUIR MÁS INFORMACION, CON LA GENTE RELAJADA*

*–ESTÁS APRENDIENDO DE TU MAESTRO... X ESO ES KE T NOMBRE DIRECTOR DEL DIARIO...*

*–GRACIAS OTRA VEZ!!! ESPERO MEREZER SU CONFIANZA*

*–HICISTE UN BUEN TRABAJO, SIGUE ASÍ Y NO T DESVÍES NUNCA... A LOS TRAIADORES YA SABES LO KE LES PASA...*

*–SURE, MAESTRO... Y LE QUERÍA PREGUNTAR... ¿COMO ESTÁ ARZael?*

*–HACIENDO SUS LABORES*

*–TODAVÍA ME ASOMBRA LO BIEN KE SALIÓ TODO*

*–YO T LO DIJE... UNA MANO LAVA A LA OTRA...*

*-TODO SALIÓ A PEDIR DE BOCA  
-ES KE YO CONOZCO LA MENTE HUMANA MEJOR KE NADIE... X  
ALGO T DIJE KE ME LO MANDARAS...  
-EL KE SE LAS DA DE PÁJARO BRAVO...  
-...RESULTA UN CORDERITO  
-Y LA POLICÍA? NO TEME KE SE REANUDE LA INVESTIGACIÓN?  
-YO SÉ COMO MANTENER A RAYA A ESOS GÜEVONES  
-¿??????  
-TODO EL MUNDO ME DEBE FAVORES... X CIERTO, VAS A  
NECESITAR UN RELEVO, UN PERIODISTA DE CONFIANZA KE OCUPE TU  
PUESTO, AHORA KE ERES DIRECTOR DEL DIARIO...  
-YA LE TENGO UN CANDIDATO PARA ESE CARGO...  
-OK, HABLAMOS DE ESO MAÑANA  
-HASTA LUEGO, MAESTRO  
-CHAO*

## Capítulo IX

### Un mundo nuevo

De la enorme corona colocada frente al ataúd color caoba se desprenden algunas hojas. Dos niños rubios que rozan la adolescencia las recogen y el mayor las oculta dentro del bolsillo derecho de su saco oscuro. El más pequeño resopla, su rostro está enrojecido, se desanuda la corbata y sale del salón como si huyera del calor, los pésames forzados, los rezos y el olor a muerte que se desprende de las flores y las velas.

Noelia Aponte también resopla, enfundada dentro de su traje negro. Está sentada al lado del ataúd cerrado, se alisa la falda que casi le llega a las rodillas y balancea su pie derecho con un movimiento constante. En su rostro sin maquillaje quedan algunos rastros de lágrimas. Cuando ve al anciano entrar al salón trata de recomponerse, alisa nuevamente su falda, se levanta a medias; el hombre no la deja hacerlo, se inclina, la abraza y se sienta a su lado.

–Mi más sentido pésame.

–Gracias, señor Febres, gracias–. Hace un esfuerzo por controlarse, pero explota en llanto–: Ya ve, todos nuestros esfuerzos por salvarlo fueron en vano.

El anciano industrial parece dudar sobre como consolarla, se levanta y se vuelve a sentar, le ofrece un pañuelo. Unas mujeres –familiares, vecinas, amigas, cree Febres– acuden en su ayuda, se acercan a Noelia, pero ella las rechaza con suavidad y recupera su aplomo para seguir hablando con el exjefe de su marido. El incómodo silencio que provoca el estallido de la viuda desaparece y se reanuda el murmullo de rezos y conversaciones apagadas.

–Lo que más me cuesta aceptar –dice Noelia– es que haya aparecido así, de repente, apuñaleado y tirado como un perro en la cuneta de una carretera.

–Cosas de la delincuencia –argumenta Febres.

–Yo no me trago esa versión, fue la gente de esa secta. Estoy segura de que eran esos los que me llamaban a media noche y me amenazaban si insistía en buscarlo –afirma, apretando los labios.

–Pero nunca se pudo identificar a los autores de esas llamadas, ¿verdad? –inquire con voz suave Febres–. Además, la policía no pudo comprobarles nada

a los de la secta, según ellos, ninguno de los miembros había visto a su esposo durante los últimos meses.

–Yo lo que quisiera es que interrogaran al líder, al tal Gabriel; ese hombre parece intocable –Noelia aprieta un pañuelo con su mano derecha.

Febres se revuelve incómodo en la silla por un momento, como si buscara un argumento de contundencia para replicar a la mujer, pero ella, luego de un suspiro, le revela:

–La verdad es que a mí ya no me importa nada. ¿Sabe? Es extraño, pero mientras conservé la esperanza de volver a ver a Ramón vivo, aún dentro de mi dolor, tenía fe, pensaba que cuando él regresara podíamos denunciar a esa gente, desenmascararlos y volver a ser una familia feliz. –Se queda en silencio por un momento–. Pero ahora pienso que cualquier cosa que haga no me lo va a devolver y ni siquiera el castigo de sus asesinos me va a traer la paz.

–Hace bien en pensar así –suspira el anciano, arreglándose la corbata– lo mejor que puede hacer es olvidar.

–He tomado una resolución, señor Febres. Luego del entierro, me iré del país con mis hijos. Voy a buscar ese mundo nuevo que Ramón quería para ellos muy lejos de aquí.

El rostro redondo y sonrosado de Febres intenta una sonrisa comprensiva. Toma la mano de la viuda y la conforta, aliviado.

Valladares se coloca con dificultad los lentes y agarra el teléfono al lado de su cama. Los médicos le han prohibido las visitas y las llamadas luego de un segundo infarto, no quieren arriesgarse a que se agite, a que ponga en peligro el tratamiento y les obligue a operarlo de nuevo, pero el veterano periodista se las ha arreglado para que su enfermera, esa vieja gruñona y parlanchina que su hijo y su nuera le consiguieron para que hiciera de innecesaria carcelera, le deje el celular en la mesa de noche mientras va a la farmacia. Marca el número anotado en su agenda y espera. Lugo responde entre una algarabía de música y risas. Al reconocer a Valladares, lo saluda con efusión.

–Viejo, qué bueno escucharte, ¿Cómo sigues?

–Aquí estoy, duro todavía

–Así es, viejo, así me gusta

–Y tú ¿Cómo estás y cómo están en la redacción?

–Bien, todos muy bien, estoy en la tasca.

–Con razón no se oye nada –su voz deja escapar un suspiro de envidia.

–Aquí todos te mandan saludos, hasta Paco –el reportero le guiña el ojo al

dueño del establecimiento, que está atareado limpiando la mesa donde se apretujan otros periodistas, dos secretarias y hasta el nuevo pasante, y menciona los nombres de sus compañeros de mesa.

Paco le manda a decir que le tiene guardada una botellita de escocés para cuando se recupere. Los demás asienten y continúan con sus conversaciones. Predomina en el ambiente la agitación propia de un viernes por la tarde en día de pago.

Valladares, nostálgico, agradece los saludos. Daría cualquier cosa por estar en el Mesón de Paco, bien lejos de la enfermera carcelaria.

–Del que no he sabido más nada es de Julián... ¿Y tú? –interroga.

Lugo se pone de pie y se aleja un poco del ruido de la mesa y responde evasivo:

–Yo tampoco he sabido nada... seguro empató todas sus vacaciones.

–Pero sin avisarle a nadie. ¡Qué raro! Es como si se lo hubiera tragado la tierra...

–Bueno, tú sabes que él estaba detrás de este puesto, a lo mejor le cayó mal lo de mi nombramiento y le está costando asimilar la noticia...

–¡Coño! Por eso era que te estaba llamando, precisamente para felicitarte. Esas medicinas me deben estar abriendo un hueco en el cerebro, además de este encierro obligado.

–Tranquilo, viejo, gracias –sonríe Lugo.

–¡Qué bueno que al fin reconocen tus méritos! Por Julián no te preocupes, ése no es envidioso, cuando aparezca, seguro te felicita –concluye Valladares.

Lugo da vueltas a la mesa, cambia de tema, aludiendo a la salud del viejo periodista. Al notar el giro que toma la conversación, el otro es quien decide dar por terminado el diálogo. No soportaría que le tuvieran lástima. Luego de intercambiar despedidas que parecen perderse entre el alboroto de la tasca, Valladares concluye la comunicación y se da cuenta de que no tuvo tiempo de preguntarle si ahora que era el nuevo jefe de redacción, continuaría investigando sobre el asesinato de Aponte o el caso quedaría olvidado, entre los cientos de hechos violentos que ahogaban a la ciudad en los últimos años.

Las copas de los bambúes se mueven crujiendo como si fueran enormes marionetas en manos de un caprichoso titiritero. El viento atraviesa silencioso todos los rincones de la finca, vuela entre las blancas edificaciones, sube las escaleras de madera de la casa grande, entra en cada salón y en cada cuarto, se escurre por las rendijas de la oficina del maestro, continúa su recorrido por

patios y ventanas, se atreve a subir los muros más altos y penetra las jaulas de castigo. Luego irrumpe en las celdas de los fieles, se dirige a los nuevos acólitos que estudian febrilmente en el domo una serie interminable de palabras, nombres y números que se les antojan imposibles de retener, pero que deben contener alguna verdad incomprensible para sus débiles cerebros de aprendices. El viento, incapaz de detener su recorrido, se lanza veloz hacia los campos, hacia los vastos espacios verdes y ocres que se encuentran mucho más allá de las edificaciones. Llega hasta las montañas azules del horizonte y se devuelve con prisa para agitar los árboles. El viento es mudo, a diferencia de los bambúes que producen un sonido extraño, como el de unas enormes puertas que crujen.

El viento es libre.

Arzael levanta el rostro y observa el movimiento ondulante de los inmensos tallos. Por momentos, parece que fueran a abalanzarse sobre él, pero solo se doblan y pronto vuelven a adquirir la serena belleza de gigantes en reposo. Luego de una última mirada hacia las copas de los bambúes reanuda su camino, se dirige hacia la cabaña de los castigos, saluda a los hermanos, sube por las escaleras torcidas, finalmente, llega al piso superior, donde un hombre desnudo y con el rostro cubierto cuelga de sus brazos amarrados al techo. El movimiento acompasado del cuerpo y el ruido de la viga de madera le recuerda a los bambúes; su corazón late con fuerza cuando toma el látigo colgado en la pared. Ahora es Arzael, “el vengador del maligno”, un ser puro, leal, inocente. Un guerrero de las huestes divinas. Uno de los elegidos.